



Visita

al territorio de
Martin
Amis

MARTIN AMIS

La Zona de Interés



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

1. LA ZONA DE INTERÉS

1. THOMSEN: PRIMERA IMPRESIÓN

No me era extraño el resplandor del relámpago; no me era extraño el rayo. Con una experiencia envidiable en ambas cosas, no me era extraño el aguacero; el aguacero y luego el sol y el arcoíris.

Ella volvía de la Ciudad Vieja con sus dos hijas, y se hallaban ya muy dentro de la Zona de Interés. Delante de ellas, a la espera para recibir las, se extendía una avenida —casi una columnata— de arces, cuyas ramas y hojas lobuladas se entrelazaban en lo alto. A última hora de una tarde de verano, llena de mosquitos diminutos y brillantes... Mi cuaderno está abierto sobre un tocón, y la brisa hace fluctuar con curiosidad sus hojas.

Alta, ancha y llena, y, sin embargo, de paso liviano, con un vestido estriado blanco que le llegaba hasta los tobillos y un sombrero de paja de color crema con una banda negra, y un bolso de paja bamboleante (las niñas, también de blanco, también llevaban sombreros y bolsos de paja), entraba y salía de tramos de una calidez leonada, amarillenta, difusa. Reía con la cabeza hacia atrás, y la garganta tensa. Yo le seguía el paso, en paralelo, con mi chaqueta de tweed hecha a medida y mis pantalones de sarga, con mi tablero de pinzas y mi pluma estilográfica.

Ahora las tres cruzaban el camino de entrada a la Academia Ecuestre. Rodeada traviesamente por las niñas, dejó atrás el molino de viento ornamental, el alto palo de mayo, los patíbulos de tres ruedas, el percherón atado con descuido a la bomba de agua de hierro, y siguió hacia delante.

Y entraron en el Kat Zet^[1]; en el Kat Zet I.

Algo sucedió a primera vista. Un relámpago, un trueno, un aguacero, el sol, el arcoíris..., la meteorología del primer vistazo.

Se llamaba Hannah, señora Hannah Doll.

En el Club de Oficiales, sentado en un sofá de crin, rodeado por adornos equinos de metal y estampas de caballos, y de tazas de sucedáneo de café (café para caballos), le dije a Boris Eltz, mi amigo de toda la vida:

—Por un momento volví a ser joven otra vez. Fue como amor.

—¿Amor?

—He dicho *como* amor. No pongas esa cara de pena. *Como* amor. Un sentimiento de inevitabilidad. Ya sabes. Como el nacimiento de un idilio largo y maravilloso. Amor romántico.

—¿*Déjà vu* y todo lo de siempre? Sigue. Refréscame la memoria.

—Bien. Admiración doliente. Doliente. Y sentimientos de humildad y de valer poco. Como contigo y Esther.

—Eso es completamente diferente —dijo, alzando un dedo en sentido horizontal—. Eso no es sino paternal. Lo entenderás cuando la veas.

—De todas formas. Luego todo quedó atrás y... Y empecé a preguntarme cómo sería sin nada de ropa.

—Ahí lo tienes. ¿Lo ves? Yo nunca me he preguntado cómo será Esther sin ropa. Si sucediese me quedaría espantado. Me taparía los ojos.

—¿Y te taparías los ojos si fuera Hannah Doll?

—Pues... ¿Quién se hubiera imaginado que el Viejo Bebedor conseguiría a una tan buena como ésa?...

—Lo sé. Increíble.

—El Viejo *Bebedor*. Pero piensa un poco. Estoy seguro de que siempre fue bebedor. Pero no siempre fue viejo.

Dije:

—¿Las chicas qué años tendrán? ¿Doce, trece? Ella tendrá nuestra edad, entonces. O quizá sea un poco más joven.

—Y el Viejo Bebedor la dejó preñada cuando tenía... ¿dieciocho?

—Cuando él/ tenía nuestra edad.

—Muy bien. Casarse con él se le podía perdonar, entonces, supongo —dijo Boris. Se encogió de hombros—. Dieciocho años. Pero no le ha dejado, ¿no? Eso no se explica así como así, ¿no?

—Lo sé. Es difícil de...

—Mmm. Es demasiado alta para mí; y ahora que lo pienso, también es demasiado alta para el Viejo Bebedor.

Y aún nos preguntamos otra vez: ¿cómo puede ocurrírsele a alguien traer aquí a su mujer y a sus hijas? ¿Aquí?

Dije:

—Éste es un sitio más para hombres.

—Oh, no sé... A algunas mujeres no les importa. Algunas mujeres están igual que los hombres. Piensa en tu tía Gerda. Le encantaría esto.

—La tía Gerda puede que lo aprobara en principio —dije—. Pero esto no le encantaría.

—¿Y crees que a Hannah le encantará esto?

—No da la impresión de que vaya a encantarle esto.

—No, no la da. Pero no olvides que es la mujer perfectamente voluntaria de Paul Doll.

—Ya... Entonces quizá se sienta de maravilla aquí —dije—. Eso espero. Mi aspecto físico funciona mejor con las mujeres a las que les encanta esto.

—... *A nosotros* no nos encanta esto.

—No. Pero nos tenemos el uno al otro, a Dios gracias. Que no es poco.

—Cierto, querido. Tú me tienes a mí, y yo te tengo a ti.

Boris, mi amigo permanente —empático, intrépido, guapo, semejante a un pequeño César—. Jardín de infancia, niñez,

adolescencia, y luego, más adelante, nuestras vacaciones en bicicleta recorriendo Francia, Inglaterra, Escocia e Irlanda, y nuestro largo y difícil viaje de tres meses desde Múnich a Regio Calabria, y luego a Sicilia. Sólo en la edad adulta pasó nuestra amistad por dificultades, cuando la política —cuando la historia— apareció en nuestras vidas. Dijo:

—Tú te irás para navidades. Yo me quedaré aquí hasta junio. ¿Por qué no me voy yo al este? —Dio un sorbo y frunció el entrecejo y encendió un cigarrillo—. Por cierto, tus posibilidades, hermano, son prácticamente inexistentes. ¿*Dónde*, por ejemplo? Hannah es demasiado visible. Y ya puedes tener cuidado. El Viejo Bebedor podrá ser el Viejo Bebedor, pero también es el comandante.

—Ya. Aun así. Cosas más raras se han visto.

—Se han visto cosas *mucho* más raras.

Sí. Porque era un tiempo en el que todo el mundo sentía la fraudulencia, la desvergüenza sarcástica y la impresionante hipocresía de todas las prohibiciones. Dije:

—Tengo una especie de plan.

Boris suspiró, con el semblante inexpresivo.

—Primero tendré que esperar noticias del tío Martin. Luego haré el primer movimiento. Peón cuatro dama.

Al cabo de unos minutos, Boris dijo:

—Ese peón se la va a cargar.

—Probablemente. Pero no pasa nada por echar un buen vistazo.

Boris Eltz se despidió: se le esperaba en la rampa. Un mes de pasmado servicio en la rampa era el castigo por partida doble que se le había impuesto por su última pelea a puñetazos. La rampa: la bajada del tren, la selección, y luego el camino a través del bosque de abedules hasta el Pequeño Cercado Castaño, en el Kat Zet II.

—La parte más espeluznante es la selección —dijo Boris—. Deberías venir un día. Por la experiencia.

Almorcé en el comedor de oficiales (medio pollo, melocotones y natillas; sin vino), y fui a mi despacho en Buna-Werke. Tuve una reunión de dos horas con Burckl y Seedig, que trató sobre todo del lento progreso de las naves de producción de carburo; pero también quedó claro que yo estaba perdiendo la batalla en lo relativo a la reubicación de nuestra mano de obra.

Al anochecer me dirigí al cubículo de Ilse Grese, de vuelta en el Kat Zet I.

A Ilse Grese le encantaba el campo.

Llamé a la puerta de hojalata ligeramente oscilante y entré.

Como la adolescente que aún era (cumpliría veinte años el mes siguiente), Ilse estaba sentada en el catre, encorvada y con los pies ligeramente cruzados, y leía una revista ilustrada; no quiso levantar la vista de sus páginas. Su uniforme colgaba de un clavo de la viga metálica, bajo la cual yo ahora agachaba la cabeza. Llevaba una bata de casa de tejido grueso, azul oscura, y calcetines grises muy holgados. Dijo, sin volverse:

—Ajá. Huelo a islandés. Huelo a tonto del culo.

La manera habitual de tratarme de Ilse, y quizá de tratar a todos sus amigos varones, era de una languidez burlona. La mía con ella, y con cualquier mujer, al menos al principio, era profesoral y ampulosa (había llegado a este estilo para compensar mi apariencia física, que a algunas de ellas, durante un tiempo, les parecía amedrentadora). El cinturón con pistolera de Ilse estaba tirado en el suelo, y también el látigo de piel de buey, enroscado como una delgada serpiente dormida.

Me quité los zapatos. Mientras me sentaba y me apoyaba cómodamente contra la curva de su espalda pasé por encima de su hombro e hice balancear un dije de perfume importado que colgaba de una cadena dorada.

—Es el islandés tonto del culo. ¿Qué es lo que quiere?

—Vaya..., cómo tienes el cuarto, Ilse. Siempre impecable cuando estás trabajando... Te concedo eso. Pero en tu vida privada... Con lo rigurosa que eres con el orden y la limpieza de otros.

—¿Qué quiere el tonto del culo?

Dije:

—¿Qué es lo que quiere? —Y proseguí, con pausas pensativas entre las frases—. Lo que quiere es que tú, Ilse, vengas a verme a eso de las diez. Te obsequiaré con coñac y chocolate y regalos caros. Escucharé lo que me cuentes sobre tus altibajos más recientes. Mi cercanía generosa no tardará en restaurar tu sentido de la proporción. Porque el sentido de la proporción, Ilse, es algo que hemos visto que a veces, muy de cuando en cuando, te falta. O eso me cuenta Boris.

—... Boris ya no me quiere.

—Pues el otro día estuvo cantando tus alabanzas. Hablaré con él, si quieres. Espero que vengas a las diez. Después de la charla y de los regalos, habrá un interludio sentimental. Eso es lo que quiere.

Ilse siguió leyendo; un artículo que argumentaba con vehemencia, con ira incluso, que las mujeres no debían bajo ningún concepto depilarse las piernas ni las axilas.

Me levanté. Ella alzó la mirada. La boca ancha y anormalmente arrugada y ondulante, las cuencas de los ojos de una mujer que triplicaría su edad, la abundancia y la pujanza del pelo de un rubio sucio...

—Eres un tonto del culo.

—Ven a las diez. ¿Vendrás?

—Puede —dijo, pasando una página—. Y puede que no.

En la Ciudad Vieja las viviendas eran tan primitivas que la gente de Buna-Werke se había visto obligada a construir una especie de colonia dormitorio en los arrabales rurales del este (en ella había

una escuela primaria y secundaria, una clínica, varias tiendas, un figón y una taberna, además de decenas y decenas de inquietas amas de casa). Sin embargo, pronto descubrí un grupo muy oportuno de habitaciones toscamente amuebladas en una calleja empinada que partía de la plaza del mercado. En el 9 de calle Dzilka.

Tenía un grave inconveniente, sin embargo: había ratones. Después del desalojo forzoso de sus propietarios, habían sido ocupadas durante casi un año por los obreros que estaban construyendo la colonia, y la infestación de ratones se había hecho crónica. Aunque las pequeñas criaturas se las arreglaban para no ser vistas, se las oía casi constantemente dentro de las grietas y galerías, corriendo, chillando, alimentándose, reproduciéndose y criando...

En su segunda visita, mi mujer de la limpieza, la joven Agnes, trajo un gato macho grande, negro con ribetes blancos, llamado Max, o Maksik (pronunciado Macsich). Max era un cazador de ratones legendario. Todo lo que yo iba a necesitar, me dijo Agnes, era una visita de Max cada dos semanas. Max apreciaría un platillo de leche de cuando en cuando, pero no habría necesidad de que le diera nada sólido.

No pasó mucho tiempo hasta que aprendí a respetar a este predador diestro y nada molesto. Maksik parecía que iba de esmoquin: traje negro carbón, pechera blanca en triángulo perfecto, polainas blancas. Cuando se agachaba contra el suelo y estiraba las patas delanteras, sus zarpas se abrían de una forma muy bonita, como margaritas. Y cada vez que Agnes lo levantaba en sus brazos para llevárselo, Max —que había pasado el fin de semana conmigo— dejaba tras de sí un consolidado silencio.

En tal silencio me di un baño caliente, para lo cual llené la bañera, o más bien fui haciendo acopio del agua suficiente y calentándola en el fogón en cazuelas y cubos, y luego me acicalé con sumo cuidado para estar apuesto para Ilse Grese. Dispuse en la mesa su coñac y sus dulces, y cuatro pares nuevos de medias

recias (desdeñaba las medias finas), y me puse a esperar mientras contemplaba el viejo castillo ducal, tan negro como Max contra el cielo del crepúsculo.

Ilse fue puntual. Lo único que dijo —y lo dijo de forma un tanto burlona, y profundamente lánguida—, en cuanto se cerró la puerta a su espalda, fue:

—Rápido.

Hasta donde pude comprobar, Hannah Doll, la mujer del comandante, llevaba a sus hijas al colegio y más tarde las recogía, pero, si exceptuamos esta rutina cotidiana, apenas salía de casa.

No asistió a ninguno de los dos *thés dansants* experimentales; ni al cóctel en el Departamento Político que ofreció Fritz Möbius; ni al estreno de gala de la comedia romántica *Dos personas felices*.

En cada una de estas ocasiones, Paul Doll no pudo sino asistir sin su mujer. Lo hacía siempre con la misma expresión en el semblante: la del hombre que heroicamente controla su orgullo herido... Tenía un modo curioso de ahuecar los labios hacia fuera, como si estuviera a punto de silbar, hasta que (o eso parecía) algún escrúpulo burgués lo asaltaba y su boca volvía a adoptar su habitual forma de pico.

Möbius dijo:

—¿No viene Hannah, Paul?

Me acerqué más a ellos.

—Está indispuesta —dijo Doll—. Ya sabes cómo son esas cosas. ¿El consabido momento del mes?

—Oh, vaya por Dios...

En cambio, yo sí conseguí verla bastante bien, y durante varios minutos, a través del seto ralo del otro extremo del campo de deportes (estaba paseando y me detuve un momento, haciendo como que consultaba el cuaderno). Hannah estaba en el césped,

organizando el almuerzo campestre de sus hijas y de una de sus amiguitas (la hija de los Seedig, casi con certeza). Aún no había abierto la cesta de mimbre. No se sentó con ellas en la manta roja, sino que de cuando en cuando se ponía en cuclillas y volvía a levantarse con un giro vigoroso de las caderas.

Si no en el vestido, sí ciertamente en la silueta (no se le veía la cara), Hannah Doll se ajustaba al ideal nacional de la feminidad joven: impasible, rústica, de constitución idónea para la procreación y el trabajo duro. Gracias a mi apariencia física, me beneficiaba de un amplio conocimiento carnal de este tipo. Había levantado y quitado las tres capas de muchos vestidos tradicionales bávaros, había bajado muchos pololos lanosos, me había echado al hombro muchos zuecos con clavos.

¿Cuánto medía? Un metro noventa. Tenía el pelo de un tono blanco como de escarcha. El puente flamenco de la nariz, el pliegue desdeñoso de la boca, la beligerancia bien proporcionada de la barbilla... Las junturas en ángulo recto de las mandíbulas parecían remachadas en su sitio debajo de las minúsculas florituras de las orejas. Tenía los hombros planos y anchos, el pecho como una losa, la cintura delgada; el pene extensible, menudo (como es normal) en reposo, y de pronunciado prepucio, los muslos sólidos como mástiles labrados, las rodillas cuadradas, las pantorrillas miguelangelianas, los pies algo menos flexibles y bien formados que las grandes aspas tentaculadas de las manos. Para redondear la panoplia de estos atractivos oportunos y propicios, mis ojos glaciales son de un azul cobalto.

Todo lo que precisaba era una palabra del tío Martin; una orden específica del tío Martin, que estaba en la capital, y me pondría en acción.

—Buenas tardes.

—¿Sí?

En los escalones de la casa de campo anaranjada me vi frente a un pequeño e inquietante personaje vestido con gruesas prendas de punto de lana (chaleco y falda) y brillantes hebillas plateadas en los zapatos.

—¿Está el señor de la casa? —pregunté. Sabía perfectamente que Paul Doll estaba en otra parte. Estaba en la rampa con los médicos, y con Boris y otros muchos, para recibir al Tren Especial 105 (y se temía que el Tren Especial 105 iba a ser problemático)—. Verá, tengo una absoluta urgencia de...

—¿Humilia? —dijo una voz—. ¿Qué pasa, Humilia?

Hubo un desplazamiento de aire más atrás de la mujer que me había abierto la puerta y allí estaba ella, Hannah Doll, de nuevo de blanco, brillando trémulamente en las sombras. Humilia tosió cortésmente y se retiró.

—Señora, siento importunarla —dije—. Me llamo Golo Thomsen. Es un placer saludarla.

Dedo a dedo, fui quitándome briosamente el guante de gamuza y le tendí la mano, que ella aceptó. Dijo:

—¿Golo?

—Sí. Bueno, fue mi primera tentativa de decir Angelus. Me salió un disparate, como ve, pero prendió. Nuestras meteduras de pata nos persiguen toda la vida, ¿no cree?

—¿En qué puedo ayudarle, señor Thomsen?

—Señora Doll, tengo algo muy urgente que comunicarle al comandante.

—¿Oh?

—No quiero ser melodramático, pero en la Cancillería se ha tomado una decisión que sé que para su marido es de sumo interés.

La señora Doll siguió mirándome: me evaluaba abiertamente.

—Le vi una vez —dijo—. Lo recuerdo porque no llevaba uniforme. ¿Alguna vez se pone uniforme? ¿Qué hace exactamente?

—Hago de enlace —dije, e hice una pequeña reverencia.

—Si es importante supongo que será mejor que le espere. No sé donde está. —Se encogió de hombros—. ¿Le apetece un poco de limonada?

—No... No quiero causarle ninguna molestia.

—No me causa ninguna molestia. ¿Humilia?

Ahora estábamos en el fulgor rosado de la pieza principal; la señora Doll de pie y de espaldas a la chimenea, el señor Thomsen frente a la ventana central mirando hacia las torres de vigilancia que rodeaban el recinto y hacia todo lo que alcanzaba a verse de la Ciudad Vieja, más allá.

—Encantador. Esto es encantador. Dígame —dije, con una sonrisa compungida—: ¿sabe guardar un secreto?

La mirada de la señora Doll se hizo más fija. Vista de cerca, el tono de su piel era más sureño, más latino, y sus ojos de un color muy poco patriótico: castaño oscuro, como de caramelo húmedo, con un brillo viscoso. Dijo:

—Sí, sé guardar un secreto. Cuando quiero hacerlo.

—Oh, estupendo. El caso es que... —dije, con absoluta falsedad—, el caso es que me interesan mucho los interiores, el mobiliario y el diseño. Entenderá por qué no me gustaría que eso se divulgara. No es muy masculino.

—No, supongo que no.

—¿Fue idea suya..., todo este mármol?

Esperaba entretenerla, y también conseguir que se pusiera en acción. Ahora Hannah Doll hablaba, hacía gestos, iba de una ventana a otra, y yo tenía ocasión de asimilar lo que veía. Sí, su constitución era ciertamente de una calidad espléndida: fruto de una vasta empresa de coordinación estética. Su cabeza, la largura de su boca, el poder de sus dientes y mandíbulas, la textura flexible de sus mejillas... Tenía la cabeza cuadrada, pero bien formada, con los huesos arqueados hacia arriba y hacia fuera. Dijo:

—¿Y el mirador cubierto?

—Había que elegir entre eso o...

Humilia entró por las puertas abiertas con una bandeja en la que llevaba la jarra de piedra y dos platos de galletas y pastelillos.

—Gracias, Humilia, querida.

Cuando nos quedamos de nuevo solos, dije con voz suave:

—Su criada, señora Doll... ¿Es por casualidad una Testigo?

Hannah se contuvo hasta que alguna vibración doméstica, imperceptible para mí, le permitió seguir, aunque no exactamente en un susurro:

—Sí, lo es. Yo no los entiendo. Tiene cara religiosa, ¿no le parece?

—Sí, claro que la tiene. —La cara de Humilia era acusadamente indefinida; indefinida en cuanto al sexo e indefinida en cuanto a la edad (una mezcla poco armónica entre femenina y masculina, entre joven y vieja). Su semblante, sin embargo, bajo el denso tupé en forma de mata de berros, irradiaba una terrible autosuficiencia—. Son las gafas sin montura.

—¿Qué edad diría usted que tiene?

—Mmm... ¿Treinta y cinco?

—Tiene cincuenta. Creo que tiene ese aspecto porque piensa que no va a morir nunca.

—Ya. Bien, eso tiene que dar muchos ánimos.

—Y todo sería tan sencillo... —Se inclinó y sirvió limonada, y nos sentamos, Hannah en el sofá acolchado y yo en una silla de madera rústica—. Lo único que tendría que hacer es firmar un documento, eso es todo. Y sería libre.

—Ya. *Apostatar*, como suele decirse.

—Sí, pero verá... Humilia no podría sentir más devoción por mis dos hijas. Y tiene un hijo propio. Un chico de doce años, que está bajo la tutela del Estado. Y lo único que tendría que hacer es firmar un papel e ir a recogerlo. Y no lo hace. Ni lo hará.

—Es curioso, ¿no? Me han dicho que al parecer les *gusta* el sufrimiento. —Recordé lo que me contó Boris de un Testigo en el poste de flagelación; pero no iba a brindar a Hannah el relato de cómo el Testigo pedía más latigazos—. Gratifica su fe.

—Parece.

—Disfrutan con ello.

Faltaba poco para las siete, y la luz púdica de la sala se atenuó y asentó súbitamente... Había tenido muchos éxitos notables en esta fase del día, muchos triunfos asombrosos, cuando el crepúsculo — aún sin el antagonismo de lámpara o farol— parece otorgar un permiso impalpable —susurros de posibilidades insólitas—. ¿Me rechazaría con firmeza, realmente, si me unía a ella calladamente en el sofá, y después de algunos cumplidos en voz queda le cogía la mano y (según su reacción) le deslizaba con suavidad los labios por la base del cuello? ¿Lo haría?

—Mi marido... —dijo, y calló, como afinando el oído.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire y, por un instante, sentí la sacudida de tal recordatorio: el hecho cada vez más inquietante de que su marido era el comandante. Pero me esforcé por seguir mostrando seriedad y respeto. Dijo:

—Mi marido piensa que tenemos mucho que aprender de ellos.

—¿De los Testigos? ¿Qué?

—Oh, ya sabe —dijo con voz sin inflexiones, casi somnolienta—. La fuerza de sus creencias. Una fe inquebrantable.

—Las virtudes del fervor.

—Es lo que todos deberíamos tener, ¿no?

Me eché hacia atrás en la silla, y dije:

—Se puede entender por qué su marido admira su fanatismo. Pero ¿qué piensa de su pacifismo?

—Su pacifismo no. Obviamente. —Con la voz medio aletargada, prosiguió—: Humilia no le limpia el uniforme. Ni le saca brillo a las botas. Y eso a él no le gusta.

—No, seguro que no.

En este punto me vi registrando cuán a conciencia la invocación del comandante había hecho bajar el tono de aquel tan prometedor y moderadamente cautivador encuentro. Así que improvisé unos aplausos y dije:

—Su jardín, señora Doll. ¿Podríamos...? Me temo que tengo que hacerle otra confesión bastante avergonzante. Adoro las flores.

Era un espacio dividido en dos: a la derecha, un sauce, en parte ocultando los anexos bajos de la casa y la pequeña red de senderos y paseos donde sin duda a sus hijas les encantaba jugar y esconderse; a la izquierda, los arriates pletóricos, el césped cuidadosamente cortado, la cerca blanca..., y, más allá, el Edificio del Monopolio en su pendiente arenosa, y aún más allá las primeras manchas rosadas del ocaso.

—Un paraíso. Qué esplendorosos tulipanes...

—Son amapolas —dijo Hannah.

—Amapolas, claro. ¿Qué son aquellas de allí?

Al cabo de unos minutos, la señora Doll, que hasta entonces no había sonreído en mi compañía, soltó una carcajada de eufónica sorpresa y dijo:

—No sabe *nada* de flores, ¿verdad? Ni siquiera... No sabe nada de flores.

—Sí sé algo de flores —dije, acaso peligrosamente envalentonado—. Y es algo que no saben muchos hombres: por qué a las mujeres les gustan tanto las flores.

—Adelante, pues.

—De acuerdo. Las flores hacen que las mujeres se sientan hermosas. Cuando obsequio a una mujer con un lujoso ramo de flores, sé que la hará sentirse hermosa.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Mi madre. Que en gloria esté.

—Bien, pues tenía razón. Te sientes como una estrella de cine. Durante días y días.

Dije, como embriagado:

—Y ello dice mucho en favor de las dos. En favor de las flores y en favor del sexo femenino.

Y entonces Hannah me preguntó:
—¿Y *usted* sabe guardar un secreto?
—Puede tener la certeza.
—Venga.

Yo creía en la existencia de un mundo escondido paralelo al mundo que conocíamos; existía en potencia; para lograr ser admitido en él tenías que pasar a través del velo o película de lo cotidiano, y *actuar*. Con paso apresurado, Hannah Doll me condujo por el sendero de ceniza que llevaba al invernadero, y aún había luz, ¿y habría sido tan extraño, realmente, apremiarla para que entrara en él e inclinarme hacia ella y reunir en mis manos caídas los pliegues blancos de su vestido? ¿Lo habría sido? ¿Aquí? ¿Donde todo estaba permitido?

Abrió la puerta (la mitad era del cristal) y, sin entrar del todo, se agachó y hurgó en una maceta que había en un estante bajo... A decir verdad, hacía siete u ocho años que en mis transacciones amorosas no albergaba en mí ni un solo pensamiento decente (antes era una especie de romántico; pero dejé de serlo). Y mientras miraba cómo el cuerpo de Hannah se inclinaba hacia delante, con las nalgas en tensión y una pierna poderosa alzada y adelantada para conservar el equilibrio, me dije a mí mismo: Éste sí que sería un *gran* polvo. Un *gran* polvo: eso es lo que me dije a mí mismo.

Enderezando el cuerpo, me encaró y abrió la palma. ¿Y qué me enseñó? Un paquete arrugado de Davidoff: un paquete de cinco, en el que quedaban tres.

—¿Quiere uno?

—No fumo cigarrillos —dije, y saqué de los bolsillos un encendedor caro y una lata de puritos suizos. Me acerqué a ella, rasqué la piedra y saltó la llama, y la protegí de la brisa con la mano...

Este pequeño ritual era de una importancia socio sexual de primer orden, porque los dos, tanto ella como yo, vivíamos en una tierra en la que equivalía a un acto de connivencia ilícita. En bares y

restaurantes, en hoteles, en estaciones de tren, etcétera, veías carteles impresos en los que se leía: SE INSTA A LAS MUJERES A QUE NO HAGAN USO DEL TABACO. Y, en la calle, cierto tipo de hombres — muchos de ellos fumadores— se sentían obligados a reprender a las mujeres descarriadas que fumaban, y a arrancarles el cigarrillo de los dedos, e incluso de los labios.

Dijo:

—Sé que no debería.

—No les haga caso, señora Doll. Preste atención a nuestro poeta. *Ha de abstenerse. Ha de abstenerse. La eterna canción.*

—Creo que ayuda un poco —dijo ella—, con este olor.

La última palabra estaba aún en su lengua cuando oímos algo, algo que traía el viento... Un acorde trémulo, indefenso, el son de una fuga de consternación y horror humanos. Seguimos allí quietos, con los ojos cada vez más abiertos. Sentí cómo mi cuerpo se crispaba en previsión de más y más grandes alarmas. Pero entonces sobrevino un silencio estridente, como el zumbido de un mosquito en el oído, seguido, medio minuto después, por una vacilante y gradual profusión de violines.

No parecía existir el habla. Seguimos fumando, con chupadas silenciosas.

Hannah puso las dos colillas en una bolsa de semillas vacía, que acto seguido enterró en el cubo sin tapa de la basura.

—¿Cuál es tu postre preferido?

—Mmm... La sémola —dije.

—¿La sémola? La sémola es *horrorosa*. ¿Qué tal bizcocho borracho, fruta, gelatina y nata?

—Ese postre también tiene su aquél.

—¿Qué preferirías ser, ciego o sordo?

—Ciego, Paulette —dije.

—¿Ciego? Ser ciego es *mucho* peor. ¡Sordo!

—Ciego, Sybil —dije—. Todo el mundo se compadece de los ciegos. Pero todo el mundo *odia* a los sordos.

Pienso que lo había hecho bastante bien con las chicas, en dos cosas: sacando varias bolsitas de caramelos franceses y, sobre todo, disimulando mi sorpresa cuando me dijeron que eran mellizas. Aunque no idénticas, Sybil y Paulette eran dos hermanas nacidas en el mismo parto. Pero no se parecían en lo más mínimo; Sybil había salido a la madre, mientras que Paulette, bastantes centímetros más baja, había cumplido la promesa sombría que llevaba implícita en su nombre de pila.

—Mamá —dijo Paulette—, ¿qué ha sido ese ruido horrible?

—Oh, gente que anda por ahí haciendo el tonto. Hacen como que es la Noche de Walpurgis y se dedican a asustarse unos a otros.

—Mamá —dijo Sybil—, ¿por qué papá sabe siempre si me he lavado los dientes?

—¿Qué?

—Siempre acierta. Le pregunto cómo lo sabe y me dice: *Papá lo sabe todo*. Pero ¿cómo lo sabe?

—Te toma el pelo. Humilia, aunque es viernes vamos a bañarlas.

—Oh, mamá. ¿Podemos estar diez minutos con Bohdan y Torquil y Dov?

—Cinco minutos. Dadle las buenas noches al señor Thomsen.

Bohdan era el jardinero polaco (viejo, alto y, por supuesto, muy delgado); Torquil era su mascota, una tortuga, y Dov, al parecer, era el quinceañero que ayudaba a Bohdan. Bajo las ramas envolventes del sauce estaban las mellizas agachadas, Bohdan, otra ayudante (una chica de la localidad llamada Bronislawa), Dov y la diminuta Humilia, la Testigo...

Estábamos mirándolos, y Hannah dijo:

—Era catedrático de zoología, Bohdan. En Cracovia. Imagínate. Estaba allí... Y ahora está aquí.

—Ya. Señora Doll, ¿con cuánta frecuencia va a la Ciudad Vieja?

—Oh, la mayoría de los días de diario. A veces viene Humilia, pero normalmente las llevo yo al colegio y luego las recojo.

—Las habitaciones que tengo allí... Estoy tratando de hacerlas más agradables, y me he quedado sin ideas. Seguramente será cuestión de las cortinas y demás. Me preguntaba si usted podría pasarse un día para ver lo que opina al respecto.

Antes de lado. Ahora cara a cara.

Se cruzó de brazos y dijo:

—¿Y cómo cree que podría organizarme para algo así?

—No hay mucho que organizar, ¿no le parece? Su marido no lo sabría nunca. —Llegué tan lejos porque la hora que había pasado con ella me había convencido por completo de que alguien como ella no podía en absoluto sentir cariño (el menor cariño) por alguien como él—. ¿Lo pensará?

Me miró fijamente el tiempo suficiente para ver cómo mi sonrisa empezaba a congelarse.

—No, señor Thomsen, ésa es una sugerencia bastante temeraria... Y usted no entiende. Aunque crea que sí entiende. —Retrocedió un paso—. Entre en la casa por esa puerta si sigue queriendo esperarle. Vaya. Puede leer el *Observer* del miércoles.

—Gracias. Gracias por su hospitalidad, Hannah.

—De nada, señor Thomsen.

—La veré, ¿no, señora Doll? El domingo de la semana que viene. El comandante tuvo la amabilidad de pedirme que asistiera.

Se cruzó de brazos y dijo:

—Entonces supongo que le veré. Hasta entonces.

—Hasta entonces.

Con dedos impacientes y temblorosos, Paul Doll puso boca abajo la licorera sobre su copa grande de coñac. Bebió, como para apagar la sed, y se volvió a servir. Dijo, por encima del hombro:

—¿Quiere una copa de esto?

—Si no le importa, comandante —dije—. Oh..., muchas gracias.

—Así que lo han decidido. ¿Sí o no? Déjeme que lo adivine. Sí.

—¿Por qué está tan seguro?

Fue hasta la butaca de cuero y se dejó caer en ella. Y se desabotonó con brusquedad la guerrera.

—Porque me causará más dificultades. Ése parece ser su principio rector. Pongámoselo más difícil a Paul Doll.

—Tiene razón; como de costumbre, señor. Yo me opuse, pero va a ser así. Kat Zet III... —empecé a decir.

En la repisa de la chimenea del despacho de Doll había una fotografía enmarcada —de aproximadamente medio metro cuadrado— de aspecto profesional (el fotógrafo no era el comandante: era de antes de que Doll fuera destinado allí). El fondo estaba claramente dividido en dos; en una mitad había una luminosidad neblinosa, y en la otra, una densa oscuridad como de fieltro. Una muy joven Hannah estaba de pie en la zona de luz, en primera línea (era un escenario..., ¿un baile?, ¿una mascarada?, ¿teatro de aficionados?), con un vestido de noche con ceñidor, y con un ramo de flores en los brazos enguantados hasta el codo. Sonreía, radiante, y llena de embarazo ante la intensidad de su propio deleite. El vestido era de una tela muy fina, y muy ceñido en la cintura, y tenías toda su figura ante los ojos...

Era de hacía trece o catorce años..., y hoy Hannah estaba *mucho* mejor.

Dicen que una de las manifestaciones más terroríficas de la naturaleza es un elefante macho en estado de *must*. Segregan un líquido maloliente por unos conductos que desembocan en ambos lados de la frente, líquido que se desliza por la piel hasta las junturas de las mandíbulas. En tal estado, el elefante arremete con los colmillos contra jirafas e hipopótamos, y les quiebra el lomo a rinocerontes amedrentados. Era el *celo* del elefante macho.

Must: viene —vía urdu— del persa *mast* o *maest*: «intoxicado». Pero yo me he conformado con el verbo modal *must*. Debo, debo...,

sencillamente *debo*.

A la mañana siguiente (era sábado) me escabullí del campo de trabajo de Buna con un maletín pesado y volví a la calle Dzilka, donde empecé a elaborar el informe semanal de mi competencia, que incluiría, por supuesto, toda una serie de evaluaciones sobre el nuevo servicio público en Monowitz.

A las dos tuve una visita; y durante los cuarenta y cinco minutos siguientes estuve con una joven llamada Loremarie Ballach. Esta cita era también una despedida. Era la mujer de Peter Ballach, un colega (un metalurgista simpático y competente). A Loremarie no le gustaba estar aquí, y a su marido tampoco. La coalición metalúrgica había autorizado su vuelta a la sede central.

—No me escribas —dijo mientras se vestía—. No hasta que todo esto haya pasado.

Seguí trabajando. Tanto cemento, tanta madera, tanto alambre de espino. De vez en cuando sentía alivio, y también pesar, porque lo de Loremarie hubiera acabado (tendría que buscarme una sustituta). Los casanovas adúlteros tienen un lema: *Seduze a la mujer, difama al marido*. Y cuando estaba en la cama con Loremarie siempre sentía un poco de incomodidad por Peter..., sus labios gruesos, su risa crepitante, su chaleco mal abotonado.

Eso no sucedería en el caso de Hannah Doll. El hecho de que Hannah se hubiera casado con el comandante no era una buena razón para enamorarme de ella, pero sí era una razón lo bastante buena para acostarme con ella. Seguí trabajando, sumando, restando, multiplicando, dividiendo, y anhelando oír la motocicleta de Boris (con su acogedor sidecar).

A eso de las ocho y media me levanté del escritorio, con idea de ir a buscar una botella de Sancerre en el frigorífico sujeto con cuerdas.

Max —Maksik— estaba sentado todo erguido e inmóvil sobre las tablillas blancas desnudas. Bajo una de sus patas, sujeto por una zarpa indolente, había un minúsculo y polvoriento ratón gris. Aún tembloroso y con vida, miraba a Max desde el suelo, y parecía sonreír, parecía dirigirle una sonrisa de disculpa. Luego la vida abandonó su cuerpo mientras Max miraba hacia otra parte. ¿Había sido la presión de la zarpa? ¿El miedo mortal? Fuera lo que fuere, Max se dispuso de inmediato a disfrutar de su comida.

Salí y bajé la cuesta en dirección a la Stare Miasto. Vacía, como bajo el toque de queda.

¿Qué había dicho el ratón? Había dicho: *Lo único que puedo ofrecer en señal de mitigación, de aplacamiento, es la totalidad, la perfección de mi indefensión.*

¿Qué había dicho el gato? El gato no había dicho nada, como es lógico. Vítreo, radiante, imperial, de otro orden de cosas, de otro mundo.

Cuando volví a mis habitaciones, Max estaba tumbado en la alfombra del estudio. El ratón había desaparecido: Max lo había devorado sin dejar ni rastro, con cola y todo.

Aquella noche, sobre la negrura sin fin de la llanura euroasiática, el cielo porfió en su índigo y violeta hasta muy tarde; el color de un hematoma debajo de una uña.

Era agosto de 1942.

2. DOLL: LA SELECCIÓN

—Si Berlín cambia de opinión —dijo mi visitante—, se lo haré saber. Que duerma bien, comandante. —Y se fue.

Como cabría esperar, el incidente pavoroso de la rampa me había dejado un dolor de cabeza insoportable. Había tomado ya 2 aspirinas (650 mg; a las 20.43), y sin duda confiaría en un Phanodorm a la hora de dormir. Ni una palabra solícita por parte de Hannah, por supuesto. Mientras me viera claramente estremecido hasta las entrañas, no haría más que volverse con la barbilla levemente alzada; como si, faltaría más, *sus* tribulaciones fueran más grandes que las mías...

Ah, ¿qué pasa, mi muy querida señora? ¿Le han estado «dando mucha guerra» esas dos chiquillas malas? ¿Bronislawa ha vuelto a ser insuficiente? ¿Sus preciosas amapolas se niegan a florecer? Querida, oh, querida..., oh, eso es algo demasiado trágico, casi imposible de soportar. Tengo algunas sugerencias, querida mía. ¡Intente hacer algo por su país, *Madam*! ¡Intente vérselas con saboteadores depravados como Eikel y Prüfer! ¡Intente conseguir que se aplique la Custodia Preventiva a 30, 40, 50.000 personas!

Inténtelo, fina dama, intente recibir al Sonderzug 105...

Bien, no puedo alegar que no se me hubiera advertido. ¿O sí? Se me puso en guardia, cierto, pero para otra eventualidad completamente diferente. Tensión acusada, luego alivio extremo; luego, de nuevo, presión drástica. Ahora debería estar disfrutando de un momento de respiro. Pero ¿qué me encuentro al llegar a casa? *Más* dificultades.

El campo de concentración 3, claro está. ¡Cómo no voy a estar a punto de que me estalle la cabeza!

Tenía 2 telegramas. El comunicado oficial, de Berlín, rezaba así:

25 DE JUNIO

BOURGET-DRANCY SAL 01.00 LLEG COMPIÈGNE 03.40 SAL 04.40 LLEG LAON
06.45 SAL 07.05 LLEG REIMS 08.07 SAL 08.38 LLEG FRONTERA 14.11 SAL
15.05

26 DE JUNIO

LLEGADA KZA (I) 19.03 FIN

Al estudiar este primer telegrama con detenimiento, uno lógicamente pensaba en un transporte «suave», ya que los

evacuados iban a pasarse 2 días en tránsito. Sí, pero a este telegrama le seguía otro, de París:

QUERIDO CAMARADA DOLL STOP COMO VIEJO AMIGO ACONSEJO CAUTELA
EXTREMA TREN ESPECIAL 105 STOP TUS APTITUDES PUESTAS A PRUEBA
HASTA LÍMITE STOP ÁNIMO STOP WALTHER PABST SALUDOS DESDE SACRÉ
COEUR FIN

Al cabo de los años he llegado a tener una máxima: *¿Has fracasado en tu preparación? ¡Prepárate para fracasar!* Así que hice mis preparativos conforme a ella.

Eran las 18.57; y estábamos preparados.

Nadie puede decir que no tengo una figura impresionante en la rampa: sacando pecho, con los puños macizos sobre las caderas ceñidas por los pantalones de montar, y las suelas de las botas altas separadas un metro como mínimo. ¿Y con qué contaba? Tenía conmigo a mi número 2, Wolfram Prüfer, a 3 jefes de tareas, a 6 médicos y otros tantos miembros del personal de desinfección, a mi prisionero de confianza el Sonderkommandoführer Szmul, con su equipo de 12 hombres (3 de los cuales hablaban francés), 8 capos más la brigada de mangueras, y 1 compañía de asalto de 96 hombres a las órdenes del capitán Boris Eltz, reforzada por una unidad de 8 miembros con una ametralladora pesada de munición de cinta montada sobre un trípode y con 2 lanzallamas. También había solicitado contar con a) el supervisor veterano Grese y su pelotón (Grese se mostraba admirablemente firme con las mujeres recalcitrantes), y de b) la «orquesta» que teníamos ahora; no la acostumbrada porquería de banjos y acordeones y didgeridoos, sino un «septeto» de violinistas de primera categoría de Innsbruck.

(Me *gustan* los números. Hablan de lógica, exactitud y ahorro. A veces dudo un poco acerca de «uno»; si denota cantidad o se utiliza como... «pronombre». Pero la cuestión es la coherencia. Y me *gustan* los números. Los números, los numerales, los enteros. ¡Los dígitos!)

Las 19.01 pasaron lentamente a ser las 19.02. Sentimos los zumbidos y temblores de las vías férreas, y yo sentí además una oleada de energía y fuerza. Allí estábamos, bastante inmóviles de momento, unas figuras esperando en la vía muerta, al fondo de una planicie en cuesta, semejante a una estepa en su vastedad. La vía se perdía a media distancia, donde el Tren Especial 105 se materializó al fin en el horizonte.

Se acercaba. Levanté mis potentes prismáticos con frialdad: la alta mole de la locomotora, con su ojo único, con su morro achaparrado. Ahora se ladeaba todo él en el ascenso.

—Vagones de pasajeros —dije. No era extraño que los hubiera en los transportes procedentes del oeste—. Un momento —dije—. 3 *clases*... —El tren pasó a nuestro lado: vagones amarillos y de color terracota. *Première, Deuxième, Troisième* — JEP, NORD, *La Flèche d'Or*. El profesor Zulz, nuestro jefe médico, dijo secamente:

—¿Tres clases? Bueno, ya sabe cómo son los franceses. Lo hacen todo con estilo.

—Gran verdad, profesor —respondí—. Incluso en la forma que tienen de levantar la bandera blanca hay cierto..., cierto *je ne sais quoi*. ¿No?

El buen médico rió ahogadamente de buena gana, y dijo:

—Condenado Paul. *Touché*, mi Kommandant.

Oh, sí, bromeábamos y sonreíamos como colegas, pero que nadie se equivoque: estábamos listos. Hice una seña con la mano derecha al capitán Eltz, mientras la tropa —con órdenes de distanciarse— tomaba posiciones a lo largo de la vía muerta. El *Flèche d'Or* llegó hasta nosotros, frenó y se detuvo con un fiero suspiro neumático.

Lo cierto es que tienen razón cuando dicen que 1.000 por tren es la «regla general» más atinada (y de ellos seleccionaremos y pondremos a la izquierda hasta un 90 %). Ya me estaba temiendo, sin embargo, que las directrices de costumbre no me iban a ser de gran ayuda en aquel caso.

Las primeras en bajar no fueron las habituales figuras de militares o gendarmes uniformados, sino un contingente disperso y desorientado de «camareros» de mediana edad (llevaban bandas blancas en las mangas de los trajes civiles). La locomotora emitió un último jadeo exhausto, y el lugar quedó sumido en el silencio.

Se abrió la puerta de otro vagón. ¿Y quién se apeó de él? Un chiquillo de unos 8 o 9 años, con un traje de marinero de pantalones exageradamente acampanados; luego un anciano con abrigo de astracán; y luego una figura con aire de arpía encorvada sobre el puño de perla de un bastón de ébano; tan encorvada, de hecho, que el bastón era demasiado alto para ella, lo que la obligaba a alzarse para poder poner la palma de la mano sobre el pomo satinado. Ahora se iban abriendo las puertas de los demás vagones, y empezaban a bajar el resto de los pasajeros.

Bien, para entonces yo sonreía abiertamente y sacudía la cabeza, y maldecía calladamente al viejo lunático de Walli Pabst; ¡su telegrama de «advertencia» no era más que una broma pesada!

¿Un envío de 1.000? No eran ni 100. En cuanto a la selección: si se exceptuaban a unos pocos, todos tenían menos de 10 años o más de 60; e incluso los jóvenes adultos estaban —por así decir— ya seleccionados.

Veamos. Ese varón de 30 años tiene el pecho ancho, cierto, pero tiene también un pie deforme. Esa joven musculosa está en la plenitud de su fuerza, sin duda, pero lleva un hijo en las entrañas. Y por todas partes: ortopedias de espaldas, bastones de ciegos.

—Bien, profesor, vaya a hacer su trabajo —dije, a modo de pulla—, que pone duramente a prueba su pericia para los pronósticos.

Zulz, por supuesto, me miraba con ojos danzarines.

—No tema —dijo—. Asclepio y Panacea acuden presurosos en mi ayuda. *Mi vida y mi oficio serán siempre puros y sagrados.* Paracelso será mi guía.

—Le diré una cosa. Vuelva a la *Ka Be*^[2] —le sugerí—, y haga algo de trabajo de selección. O tome una cena temprana. Hay pato escalfado.

—Oh, bien —dijo él, sacando una petaca—. En ello estamos. ¿Le apetece un trago? Hace una noche espléndida. Le haré compañía, si no le importa.

Despidió a los médicos auxiliares. Yo también di órdenes al capitán Eltz, y reduje mis fuerzas, quedándome con sólo un pelotón de 12 hombres, 6 Sonders^[3], 3 Kapos, 2 desinfectadores (¡precaución muy sensata, como se vería luego!), los 7 violinistas y el supervisor veterano Grese.

En ese momento, la pequeña anciana encorvada se destacó del grupo de recién llegados que se arremolinaban, vacilantes, y, con desconcertante rapidez, cojeó hacia nosotros como un cangrejo que se escabulle. Temblando de pies a cabeza, conteniendo la ira, dijo (en un alemán bastante bueno):

—¿Está usted al mando?

—Sí, señora.

—¿Se da cuenta —dijo, con la mandíbula trémula—, se *da cuenta* de que en este tren no había vagón restaurante?

No me atreví a buscar la mirada de Zulz.

—¿No había vagón restaurante? Qué barbaridad.

—Y nada de servicio en absoluto. ¡Ni siquiera en primera clase!

—¿Ni siquiera en primera clase? Qué oprobio.

—Lo único que hemos podido comer es el embutido que llevábamos nosotros. ¡Y casi se nos terminó el agua mineral!

—Monstruoso.

—¿Por qué se ríe? Se está riendo. ¿Por qué se está riendo?

—Retroceda, señora, si no le importa —farfullé—. ¡Supervisor veterano Grese!

Y así, mientras iban apilando los equipajes cerca de las carretillas de mano, y mientras los viajeros formaban en una columna ordenada (mis Sonders moviéndose entre ellos diciéndoles en un murmullo: «*Bienvenus, les enfants*», «*Êtes-vous fatigué, Monsieur, après votre voyage?*»)^[4], repasé irónicamente recuerdos del viejo Walther Pabst. Él y yo estuvimos en la campaña del Rossbach Freikorps. ¡Cómo les hacíamos sudar y resoplar con los

castigos que les infligíamos a los maricas rojos en Múnich y Mecklemburgo, en el Ruhr y la Alta Silesia, y en las tierras bálticas de Letonia y Lituania! ¡Y cómo tantas veces, durante los largos años de prisión (después de ajustarle las cuentas a Kadow el traidor en el asunto Schlageter del 23), nos quedábamos en vela en la celda y, entre infinitas partidas de «*brag* de dos cartas», y debates, a la luz parpadeante de las velas, sobre los puntos más candentes de la filosofía!

Alcancé el megáfono y dije:

—*Saludos a todos. No voy a dorarles la píldora. Están aquí para recuperarse, y luego para que vayan a las granjas donde tendrán un trabajo honrado a cambio de alojamiento y manutención decentes. No vamos a pedirle demasiado a ese niño de ahí, el del traje de marinero, ni a usted, señor del elegante abrigo de astracán. A cada uno según sus talentos o habilidades. ¿De acuerdo? ¡Muy bien! En primer lugar, les escoltaremos hasta la sauna para que tomen un baño caliente antes de instalarse en sus habitaciones. Es un trayecto corto a través del bosque de abedules. Dejen sus maletas aquí, por favor. Pueden recogerlas luego en la casa donde van a hospedarse. Acto seguido se les servirá té y sándwiches de queso, y más tarde habrá un estofado muy caliente. ¡Adelante, pues!*

Como cortesía añadida le tendí el megáfono al capitán Eltz, que repitió en francés lo esencial de mi alocución. Luego, con toda naturalidad, me pareció, echamos a andar todos al paso, mientras la anciana díscola, por supuesto, se quedaba en la rampa para que el supervisor veterano Grese se ocupara de ella como correspondía.

Y yo pensaba: ¿Por qué no es siempre así? Así sería siempre, si yo lo hiciera a mi manera. Un viaje cómodo seguido de una recepción amistosa y digna. ¿Para qué necesitábamos, en realidad, las puertas estruendosas de aquellos furgones de mercancías, las cegadoras luces de arco, el terrible griterío («*¡Fuera! ¡Salgan fueran! ¡Rápido! ¡Más rápido! ¡MÁS RÁPIDO!*»), los perros, las porras, los látigos? ¡Y lo civilizado que parecía el KL al cada vez más denso

fulgor del crepúsculo, y cómo refulgían los abedules! Había, ha de decirse, ese olor característico (y algunos de los recién llegados lo percibían con ligeras sacudidas de cabeza), pero al cabo de un día de alta presión con brisa ni siquiera eso era particularmente...

Se acercaba aquel maldito, aquel odioso *camión*, del tamaño de un furgón de mudanzas pero de aspecto tosco —e inequívocamente canalla—, cuyas ballestas crujían y cuyo tubo de escape hacía un ruido estruendoso, cubierto de incrustaciones de herrumbre, con la lona verde fluctuando al aire, mientras el chófer, de perfil, con una colilla en los labios, bamboleaba el brazo tatuado por fuera de la ventanilla de la cabina. Frenó con brusquedad, derrapó y se detuvo con una sacudida al cruzar las vías, y las ruedas gimieron tratando de aferrarse al suelo. El camión se escoró peligrosamente hacia la izquierda, y el faldón lateral de la lona se infló hacia lo alto, y entonces, durante 2 o 3 segundos, quedó expuesto su cargamento.

Era una visión no menos familiar que la lluvia de primavera o las hojas del otoño: nada más que el diario desecho natural del KL1 camino del KL2. Pero, por supuesto, nuestros parisinos empezaron a emitir un aullido lloriqueante; Zulz levantó de manera refleja los antebrazos como para repelerlo, e incluso el capitán Eltz giró la cabeza hacia mí al instante. El fracaso total del aquel traslado estaba a punto de producirse...

Ahora bien, uno no llega lejos en el asunto de la Custodia Preventiva si no es capaz de pensar sobre la marcha y mostrar un poco de presencia de ánimo. Muchos Kommandanten, me atrevo a afirmar, habrían dejado que la situación degenerara de inmediato en algo rotundamente desagradable. Resulta que Paul Doll, sin embargo, está hecho de otra pasta. Con un gesto mudo de la mano, di la orden. No a mis soldados, no, ¡sino a mis músicos!

El breve interludio resultó algo bastante duro, he de reconocer, pues los primeros compases de los violines no consiguieron sino duplicar y reforzar aquel grito desvalido y trémulo. Pero después la melodía prendió; el camión mugriento y sus lonas aleteantes lograron liberarse de las vías y siguió descendiendo por la carretera

que describía media luna (y pronto se perdió de vista). Y seguimos caminando.

Fue justo como yo lo había percibido intuitivamente: *nuestros huéspedes fueron absolutamente incapaces de asimilar lo que acababan de ver*. Luego sabría que eran los residentes de 2 instituciones de lujo: una residencia de ancianos y un orfanato (ambos financiados por los más infames de todos los estafadores, los Rothschild). Nuestros parisienses ¿qué sabían de guetos, de pogromos, de razias? ¿Qué sabían ellos de la noble furia de la gente?

Avanzamos todos como de puntillas; sí, caminamos de puntillas por el bosque de abedules, entre los troncos grises plateados...

Los abedules descortezándose, el Pequeño Cercado Castaño con su empalizada de madera y los geranios y caléndulas en macetas, la pieza donde desnudarse, la cámara. Me di media vuelta con gesto airoso en el momento en que Prüfer dio la señal y supe que las puertas estaban ya cerradas a cal y canto.

Ahora eso ha mejorado. La 2.^a aspirina (650 mg; a las 22.43) cumple su función, su labor de consuelo, de ablución. Es realmente el «remedio milagroso»; y me dicen que jamás ha habido medicamento más barato. ¡Dios bendiga a la IG Farben! (A modo de recordatorio: encargar una remesa de *buen* champán para el domingo 6, para que se achispen las señoras Burckl y Seedig, y las señoras Uhl y Zulz, por no mencionar a la pobrecita Alisz Seisser. Y supongo que tendremos que invitar a Angelus Thomsen, teniendo en cuenta quién es.) También creo que el coñac Martell, tomado en cantidades generosas pero no insensatas, tiene unos efectos saludables. Además, los licores fuertes me alivian el horrible picor de las encías.

Aunque soy capaz de aguantar una broma como el que más, está claro que voy a tener que hablar seriamente con Walther Pabst. En términos económicos, el Tren Especial 105 ha sido una especie de desastre. ¿Cómo justifico yo la movilización de todo un asalto

(con lanzallamas)? ¿Cómo definiendo yo la utilización del Pequeño Cercado Castaño cuando normalmente, en el manejo de un cargamento tan poco pesado, uno debería recurrir al método empleado por el supervisor veterano Grese con la pequeña dama del bastón de ébano? El viejo Walli, sin duda, exigiría «ojo por ojo»: aún se queda ensimismado con aquella barrabasada en los barracones de Erfurt con el pastel de carne y el orinal.

Por supuesto que es un tormento de mil demonios tener que andar mirando cada céntimo como nos vemos obligados a hacer. Los trenes, por ejemplo. Si el dinero no importara, y de mí dependiera, todos los deportados podrían venir aquí en *couchettes*. Nos facilitaría el subterfugio, o la *ruse de guerre*, si se prefiere (porque *estamos* en guerra, de eso no hay duda). Es fascinante que nuestros amigos de Francia vieran algo que luego fueron incapaces de asimilar: es un recordatorio —y un tributo— del *radicalismo* cegador del KL. Sin embargo, ay, uno no puede «desmelenarse» y tirar el dinero como si «creciera en los árboles».

(*Nota bene*: no se ha empleado gasolina, y esto debe contarse como ahorro, aunque pequeño. Normalmente los que ponemos a la derecha van a pie al KL1, ¿ven?, mientras que los que ponemos a la izquierda van al KL2 en los camiones o las ambulancias de la Cruz Roja. Pero ¿cómo íbamos a hacer que esos parisinos se montaran en un vehículo de cualquier tipo, después de haber visto lo del maldito camión? Es un ahorro muy pequeño, de acuerdo, pero todo contribuye, por pequeño que sea, ¿no?)

—¡Entre! —grité.

Era la devota de la Biblia. En la bandeja decorada con borlas: una copa de borgoña y un sándwich de jamón, y para de contar.

Dije:

—Pero yo quería algo caliente.

—Lo siento, señor, es todo lo que hay de momento.

—Trabajo muy duro, ¿sabe?

Humilia, muy agitada, empezó a despejar un sitio en la mesa baja de enfrente de la chimenea. Debo confesar que para mí es un

misterio el que una mujer tan trágicamente fea pueda amar a su Hacedor. Huelga decir que lo que te apetece realmente con un sándwich de jamón es una jarra de cerveza. Nos vemos inundados de esta mierda de vino francés cuando lo que quieres de verdad es una buena jarra de Kronenbourg o de Grolsch.

—¿Lo ha preparado usted o Frau Doll?

—Señor, Frau Doll se ha acostado hace una hora.

—¿Sí? Otra botella de Martell. Y eso será todo.

Y encima de todo, barrunto complicaciones y gastos sin fin en la construcción propuesta del KL3. ¿Dónde están los materiales? ¿Pondrá Dobler los fondos adicionales? A nadie le interesan las dificultades, a nadie le interesan «las condiciones objetivas». El calendario de los transportes que me piden que acepte es estrambótico. Y, como si no tuviera ya «bastante», ¿quién me telefonea a medianoche? Horst Blobel, de Berlín. Las instrucciones que me ha dado me han puesto la carne de gallina. ¿Le habré oído bien? No puedo cumplir semejante orden mientras Hannah siga en el KL. ¡Dios santo! Eso va a ser una auténtica pesadilla.

—Eres una buena chica —le dije a Sybil—. Hoy te has lavado los dientes.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por el aliento?

¡Me encanta cuando se pone tan adorablemente ofendida y confusa!

—*Vati* lo sabe todo, Sybil. Y también has intentado hacerte otro peinado. ¡No estoy enfadado! Me alegra que *alguien* se preocupe un poquito por su aspecto. Y no ande todo el día vagueando con una bata mugrienta.

—¿Puedo irme ya, *Vati*?

—¿Así que hoy llevas braguitas rosas?

—No. ¡Azules!

Táctica astuta: no acertar de vez en cuando.

—Demuéstramelo —dije—. ¡Ajá! Homer asiente.

Hay una falacia muy común que quiero refutar sin más tardanza: la idea de que las Schutzstaffel, la Guardia Pretoriana del Reich, se nutría predominantemente de hombres del *Proletariat* y de la *Kleinbürgertum*. Muy bien, puede que eso fuera cierto en el caso de las SA de los primeros tiempos, pero nunca de las SS, cuya nómina de miembros puede leerse como un extracto del *Almanaque de Gotha*. Oh, *jawohl*: el archiduque de Mecklemburgo; los príncipes Waldeck, Von Hassen y Von Hohenzollern-Emden; los condes Bassewitz-Behr, Stachwitz y Von Rodden. ¡Y aquí en la Zona de Interés, durante una breve temporada, hasta tuvimos nuestro propio barón!

Personas de sangre azul y miembros de la *intelligentsia*, profesores, abogados, empresarios.

No quería más que dejar esto bien claro, sin más historias.

—La diana es a las 3 —dijo Suitbert Seedig—, y Buna está a noventa minutos de caminata. Están agotados antes de empezar. Dejan de trabajar a las 6 y llegan aquí a las 8. Cargando con sus bajas. Y dígame, comandante, ¿cómo vamos a conseguir de ellos algo de provecho?

—Sí, sí —dije. Estaban también en mi despacho (grande y bien equipado) del Edificio Principal de Administración (el EPA), Frithuric Burckl y Angelus Thomsen—. Pero ¿quién va a pagar eso?, si se me permite preguntarlo.

—Farben —dijo Burckl—. El *Vorstand* lo ha aprobado.

Al oír esto me animé un poco.

Seedig dijo:

—Usted, mi *Kommandant*, sólo debe proporcionar internos y guardias. Y corre de su cuenta también, como es lógico, la seguridad en su conjunto. Farben sufragará los costes de construcción y los gastos del día a día.

—Vaya —dije—. Una empresa de fama mundial con su propio campo de concentración. *Unerhört!*^[5]

Burckl dijo:

—También los abasteceremos de comida, con independencia de lo demás. No habrá movimientos de un lado para el otro en el KL1. Y por tanto no habrá tifus. O eso esperamos.

—Ah. El tifus. Ésa es la cuestión crucial, ¿no? Aunque la situación mejoró bastante, quiero creer, con la selección a fondo del 29 de agosto.

—Siguen muriéndose —dijo Seedig— a un ritmo de 1.000 por semana.

—Ya. Miren... ¿Piensa aumentar las raciones?

Seedig y Burckl se miraron con aspereza. Vi claramente que no estaban de acuerdo en ese punto. Burckl se volteó en su silla y dijo:

—Sí, yo *abogarí*a por un módico aumento. Digamos de un veinte por ciento.

—¡Veinte por ciento!

—Sí, señor. Veinte por ciento. Aumentará su fuerza en un porcentaje equivalente, y durarán un poco más. Es obvio.

Ahora quien habló fue Thomsen:

—Con el debido respeto, señor Burckl. Su esfera de competencia es el comercio, y el doctor Seedig es químico industrial. El Kommandant y yo no podemos permitirnos ser tan estrictamente prácticos. No osamos perder de vista nuestro objetivo complementario. Nuestro objetivo político.

—Es exactamente lo que yo pienso —dije—. Y, por cierto... En este asunto, el Reichsführer-SS y yo estamos de acuerdo. —Golpeé la mesa con la palma de la mano—. ¡No vamos a tolerar ningún mimo en este *Lager*!^[6]

—Amén, mi Kommandant —dijo Thomsen—. Esto no es un sanatorio.

—¡Nada de mimos! ¿Qué se creen que es esto? ¿Una casa de reposo?

¿Qué me encuentro en el aseo del Club de Oficiales? Un ejemplar de *Der Stürmer*. Este periódico lleva ya algún tiempo

prohibido en el KL, y por órdenes expresas mías. Con su énfasis detestable e histérico en las depredaciones carnales del varón judío, *Der Stürmer*, creo, ha hecho un grave daño al antisemitismo serio. La gente necesita ver tablas, diagramas, estadísticas, *pruebas* científicas..., no historietas a toda página de cómo a Shylock (por ejemplo) se le cae la baba con Rapunzel. Y no soy el único que piensa así, ni mucho menos. Es la política abanderada por la mismísima Reichssicherheitshauptamt.

En Dachau, donde empecé mi meteórica ascensión en la jerarquía de la custodia, se instaló un exhibidor con ejemplares de *Der Stürmer* en la cantina de los presos. Tuvo un efecto de activación de los elementos criminales del campo, lo que propició que a menudo se dieran episodios de violencia. Nuestros hermanos judíos se las arreglaron para zafarse del asunto como suelen hacerlo siempre, con sobornos; todos ellos tienen montones de dinero. Además, fueron objeto de persecución por parte de sus propios correligionistas, sobre todo de Eschen, su jefe de barracón.

Los judíos, por supuesto, eran conscientes de que a la larga este infame periodicucho servía a la causa en lugar de obstaculizarla. Ofrezco lo siguiente como nota a pie de página: es bien sabido que el director de *Der Stürmer* es judío; y que es autor de las peores soflamas que publicaba el diario. Con ello concluyo este asunto.

Hannah fuma, ¿saben? Oh, *ja*. Ah, sí. Encontré un paquete vacío de Davidoff en el cajón de su ropa interior. Si los criados hablan, pronto se propagará que no soy capaz de meter en cintura a mi propia esposa. Angelus Thomsen es un bicho raro. Es un tipo con la cabeza en su sitio, sí, pero hay algo impúdico y embarazoso en sus modos. Me pregunto si no será homosexual (aunque profundamente reprimido). ¿Tiene siquiera un rango honorario, o todo depende absolutamente de ese «contacto»? Es curioso, porque a nadie se le odia más y de forma más minuciosa que a la Eminencia Parda. (Recordatorio: el camión, de ahora en adelante, que siga la ruta más indirecta del norte de las Cabañas del Verano.) Te calma y te

aletarga las encías, pero el coñac puede jactarse además de una tercera propiedad: sirve de afrodisíaco.

Ach, y no pasa nada con Hannah que los buenos 15 centímetros de siempre no puedan curar. Cuando, después de 1 o 2 copas últimas de Martell, me voy al dormitorio, ella debe estar dispuesta a cumplir con el débito conyugal. Si me viene con alguna tontería, simplemente invoco el nombre mágico: ¡*Dieter Kruger!*

Porque soy un hombre normal con sus necesidades normales.

... Estaba a medio camino de la puerta cuando de pronto me vino a la cabeza un pensamiento desagradable. Sucede que aún no he visto el estado de cuentas del Tren Especial 105. Y aquella tarde me fui del Pequeño Cercado Castaño sin decirle expresamente a Wolfram Prüfer que enterrara las «piezas» en el Prado de Primavera. ¿Fue tan estúpido de encender un horno de 3 cámaras Topf & Söhne para ocuparse de un puñado de mocosos y de vejestorios? Seguro que no. No. No. Le habrían disuadido otras cabezas más juiciosas. Prüfer habría hecho caso a un tipo más capacitado. A Szmul, por ejemplo.

Oh, Dios, ¿a qué le estoy dando vueltas y más vueltas? Si Horst Blobel quería decir lo que dijo, entonces todo el maldito grupo va a presentarse de todas formas.

Ya veo que será mejor que piense detenidamente sobre este asunto. Dormiré en el vestidor, *como de costumbre*, y abordaré a Hannah por la mañana. Una de esas veces en que te deslizas hasta su lado mientras ella sigue cálida y somnolienta, y te pegas a ella y te metes en ella. Y no soportas ninguna tontería. ¡Y estaremos con un ánimo excelente para nuestra pequeña reunión aquí en casa!

Porque soy un hombre normal con necesidades normales. Soy *completamente normal*. Es lo que nadie parece entender.

Paul Doll es completamente normal.

Ihr seit achzen johr, susurramos, und ihr hott a fach.

Érase una vez un rey, y ese rey encargó a su mago preferido que creara un espejo mágico. El espejo no te mostraba tu reflejo. Te mostraba tu alma..., te mostraba quién eras en realidad.

El mago no podía mirarse en él sin apartar la mirada. El rey no podía mirarse en él. Los cortesanos no podían mirarse en él. Se ofreció un cofre rebosante de riquezas al súbdito que en aquella tierra apacible pudiera mirarse en aquel espejo sin apartar la mirada durante sesenta segundos. Y nadie fue capaz de hacerlo.

Tengo para mí que el KZ es ese espejo. El KZ es ese espejo, pero con una diferencia. No puedes apartar la mirada.

Somos del Sonderkommando, el SK, la Brigada Especial, y somos los hombres más tristes del campo. De hecho somos los hombres más tristes de la historia del mundo. Y de todos estos hombres tristísimos yo soy el más triste. Y se trata de una verdad demostrable, e incluso mensurable. Soy, con cierta diferencia, el primer número, el número más bajo..., el número más *antiguo*.

Además de ser los hombres más tristes que hayan existido, somos también los más repulsivos. Y sin embargo, nuestra situación es paradójica.

Cuesta entender por qué somos tan repulsivos siendo como somos seres que no hacemos ningún daño.

La cuestión es que podría argüirse que, en contrapartida, tampoco hacemos ningún bien. Pero somos infinitamente repulsivos, y también infinitamente tristes.

Casi todo nuestro trabajo se hace entre los muertos, con tijeras pesadas, las tenazas y los mazos, los cubos con los residuos de gasolina, los cucharones, las trituradoras.

Pero también nos movemos entre los vivos. Así que decimos: *«Viens donc, petit marin. Accroches ton costume. Rappelle-toi le numéro. Tu as quatre-vingt-trois!»* Y decimos: *«Faites un nœud avec les lacets, Monsieur. Je vais essayer de trouver un cintre pour votre manteau. Astrakhan! C'est toison d'agneau, n'est-ce pas?»*^[7]

Después de una *Aktion* importante solemos recibir un quinto de vodka o de aguardiente, cinco cigarrillos y cien gramos de salchichas de beicon, ternera y grasa de cerdo. No estamos siempre sobrios, pero nunca pasamos hambre ni frío (por la noche, al menos). Dormimos en la pieza de arriba del crematorio en desuso (cerca del Edificio del Monopolio), donde se ponen a curar los sacos de pelo.

Cuando aún estaba con nosotros, mi filosófico amigo Adam solía decir: *Ni siquiera tenemos el consuelo de la inocencia*. Yo no estaba ni estoy de acuerdo. Yo seguiría declarándome inocente.

Un *héroe*, por supuesto, *escaparía para contarlo al mundo*. Pero yo tengo la sensación de que el mundo lo sabe ya desde hace tiempo. ¿Cómo no iba a saberlo, dada la escala?

Hay aún tres razones, o excusas, para seguir viviendo: la primera, para dar testimonio; la segunda, para exigir una venganza mortífera. Yo estoy dando testimonio, pero el espejo mágico no me devuelve la imagen de un homicida. O no todavía.

La tercera, y más crucial, que salvamos una vida (o la prolongamos) en cada transporte: a veces ninguna, a veces dos; una media de una por transporte. Y un porcentaje del 0,01 no es un porcentaje del 0,00. Y son invariablemente varones jóvenes.

Ha de llevarse a cabo mientras bajan del tren; para cuando se forman las filas para la selección, ya es demasiado tarde.

*Ihr seit achzenjohr alt, susurramos, und ihr hott a fach.
Sie sind achtzehn Jahre alt, und Sie haben einen Handel.
Vous avez dix-huit ans, et vous avez un commerce.*

Tienes dieciocho años, y tienes un comercio.

2. NEGOCIOS

1. THOMSEN: PROTECTORES

Boris Eltz iba a contarme la historia del Tren Especial 105, y yo quería oírla, pero primero le pregunté:

—¿Con quién estás liado actualmente? Refréscame la memoria.

—Oh, con esa cocinera de Buna-Werke y con esa camarera de Katowitz. Y espero llegar a algo con Alisz Seisser. La viuda del sargento. El hombre sólo lleva muerto una semana, pero ella parece bien dispuesta. —Boris me dio algunos detalles—. El problema es que se va a Hamburgo dentro de uno o dos días. Golo, ya te he preguntado esto antes. Gustándome como me gustan todo tipo de mujeres, ¿por qué sólo me *apetecen* las de clase baja?

—No lo sé, hermano. No es un rasgo carente de encanto. Bueno, ahora el Sonderzug 105.

Se enlazó las manos en la nuca y despegó los labios despacio.

—Es curioso, ¿no?, lo de los franceses. ¿No crees, Golo? No te puedes librar del todo de la idea de que van a la cabeza del mundo. En refinamiento, en urbanidad. Una nación de notorios cobardicas y pelotilleros..., y se sigue suponiendo que son los mejores. Mejores que nosotros, los burdos alemanes. Mejores incluso que los ingleses. Y una parte de ti lo acepta como verdad. Los franceses, incluso hoy, cuando están completamente aplastados y no hacen más que retorcerse, te siguen dando esa sensación, no puedes evitarlo...

Boris sacudió la cabeza, como con un candoroso asombro ante la humanidad; ante la humanidad y su madera deforme.

—Esas cosas actúan en lo más profundo —dije—. Sigue, Boris, si no te importa.

—Bien, pues me sentía aliviado, o, mejor, feliz y orgulloso de que la rampa tuviera tan buen aspecto. Toda barrida y regada con la manguera. Nadie muy borracho; era demasiado pronto. Y un atardecer tan bonito... Hasta el olor era menos fuerte. Llega el tren de pasajeros, todo festivo. Podría haber llegado perfectamente de Cannes o de Biarritz. Los viajeros se apean sin que nadie los ayude. Ni látigos, ni porras. Ni vagones de ganado desbordantes de Dios sabe qué. El Viejo Bebedor pronuncia su discurso, yo lo traduzco, y nos vamos todos. Todo tan civilizado. Luego llega ese puto camión. Y se va todo al traste.

—¿Por qué? ¿Qué había en el camión?

—Cuerpos. El montón de cadáveres de todos los días. Procedente del Stammlager y con destino al Prado de Primavera.

Dijo que como una docena de ellos habían quedado medio colgados del portón trasero; dijo que le vino a la imaginación un puñado de aparecidos vomitando por la borda de un barco.

—Con los brazos colgando, bamboleándose. No sólo cuerpos de viejos. Cuerpos famélicos. Cubiertos de mierda, de mugre, de trapos, y sangre, y heridas, y forúnculos. Cuerpos machacados, de cuarenta kilos.

—Ya... Indecoroso.

—Nada parecido a la sofisticación —dijo Boris.

—¿Es cuando se pusieron a gemir? Oímos los gemidos.

—Había que ver aquello...

—Ya. Da para mucho que... interpretar. —Quería decir que era no sólo un espectáculo, sino también un relato: contaba una larga historia—. Había mucho que asimilar.

—Drogo Uhl piensa que ellos nunca llegaron a hacerlo. A asimilarlo. Pero yo creo que lo que hicieron fue *abochornarse* por nosotros... Abochornarse mortalmente por nosotros. Por nuestras... *cochonneries*. O sea, un camión lleno de cadáveres depauperados. Un poco torpe y provinciano, ¿no crees?

—Probablemente. Seguramente.

—Tan *insortable*. No se nos puede llevar a ninguna parte.

De engañosa talla menuda y de engañosa liviandad, Boris era coronel veterano de las Waffen-SS: las SS armadas, las guerreras, las de *batalla*. Se suponía que las Waffen-SS estaban menos constreñidas por la jerarquía, que eran más quijotescas y espontáneas que la Wehrmacht, y que en ellas se daban vivos desacuerdos en todos los niveles de la cadena de mando. Una de las controversias de Boris con su superior sobre estrategia (estando destinado en Voronezh) acabó en una pelea a puñetazos, de la que el joven general salió con un diente menos en la boca. Ésa era la razón por la que Boris estaba aquí —*entre los austríacos*, como solía decir él—, y por la que lo habían degradado a capitán. Le quedaban aún nueve meses de sanción.

—¿Qué pasó en la selección? —le pregunté.

—No hubo selección. Todos eran carne de cámara de gas.

—Estoy pensando. ¿Qué es lo que *no* les hacemos? No los violamos, supongo.

—Bueno... Pero en lugar de eso les hacemos algo mucho más jodido. Deberías mostrar un poco más de respeto por tus nuevos colegas, Golo. Mucho *mucho* más jodido. Cogemos a los más bellos y hacemos experimentos médicos con ellos. Con sus órganos de reproducción. Los convertimos en viejecitas. Y luego el hambre los convierte en viejecitos.

Dije:

—¿Estarías de acuerdo conmigo en que no podemos tratarlos peor?

—Oh, venga ya... No nos los comemos.

Me quedé pensativo unos instantes.

—Sí, pero a ellos no les importaría que nos los comiéramos. A menos que nos los comiéramos vivos.

—No, lo que hacemos es que se coman entre ellos. Eso sí les importa... Golo, ¿quién en Alemania *no* pensaba que a los judíos había que bajarles los humos? Pero esto es una puta ridiculez, eso es lo que es. ¿Y sabes lo peor de ello? ¿Sabes lo que me reconcome aquí dentro?

—Lo imagino, Boris.

—Sí. ¿Cuántas divisiones estamos inmovilizando? Hay miles de campos. Miles. Horas-hombre, horas-tren, horas-policía, horas-gasolina. ¡Estamos aniquilando nuestra fuerza de trabajo! ¿Y qué pasa con la guerra?

—Exactamente. ¿Qué pasa con la guerra?

—¿Qué relación con ella tiene todo esto? Oh, mírala, Golo... Aquella chica de la esquina de pelo oscuro al rape. Es Esther. ¿Has visto alguna vez algo más dulce en toda tu vida, con una *milésima* de esa dulzura?

Estábamos en el despacho de la planta baja de Boris, desde la que se divisaba una vista amplia y llana de Kalifornia. Esther pertenecía al Aufräumungskommando, a la Brigada de Limpieza, uno de los grupos rotatorios de doscientas o trescientas chicas que se ocupaban de las tareas de mantenimiento de un patio lleno de cobertizos dispersos, un patio del tamaño de un campo de fútbol.

Boris se puso de pie y se estiró.

—Acudí al rescate. Recogía escombros con las manos en Monowitz. Luego un primo suyo la trajo aquí furtivamente. Pero la descubrieron, por supuesto..., porque no tenía nada de pelo. La destinaron al trabajo más bajo, el Scheissekommando, la brigada de las heces. Pero intervine. No es tan difícil. Aquí robas a unos para sobornar a otros.

—Y por eso te odia.

—Me odia. —Sacudió la cabeza con acritud—. Bien, pues voy a darle motivos para que me odie.

Dio unos golpecitos con la pluma estilográfica en el cristal, y siguió haciéndolo hasta que Esther levantó la mirada. Puso los ojos en blanco y siguió con lo que estaba haciendo (algo bastante curioso: estrujaba tubos de pasta de dientes para echar lo que aún quedaba dentro en una jarra agrietada). Boris se enderezó y abrió la puerta y le hizo una seña para que se acercara.

—Señorita Kubis. Traiga una postal, haga el favor.

Quince años, sefardí, pensé (la tez levantina), y tersa y bien formada, y atlética; se las arregló para caminar y lo hizo con pesadez, para entrar en el despacho; era algo casi satírico, la pesadez de su paso. Boris dijo:

—Siéntese, por favor. Necesito su checo y su mano de jovencita.

—Sonrió y dijo—: Esther, *¿por qué* me odia tanto?

Esther se tiró de la manga de la camisa.

—¿Por mi uniforme? —Le tendió el lápiz bien afilado—. *Querida mamá, dos puntos. Mi amiga Esther escribe esto por mí..., porque me he lastimado la mano. Así que quiero un informe, Golo. Recogiendo rosas ahí fuera, punto y seguido. ¿Qué tal está la valquiria?*

—Voy a verla esta noche. O al menos tengo razonables esperanzas de verla. El Viejo Bebedor ha organizado una cena con la gente de Farben.

—¿Sabes? Tiene fama de no asistir, he oído. Y será aburridísimo si no va. *Abrir interrogación. Cómo describir la vida en la granja. Cerrar interrogación.* Pero estás contento, hasta ahora.

—Oh, sí. Muy ilusionado. Incluso he hecho algún avance verbal, y le he dado mi dirección. Ojalá no lo hubiera hecho, en cierto modo, porque estoy todo el tiempo pensando que va a llamar a mi puerta. No podría decir que se puso a dar saltos, no, pero me escuchó hasta el final.

—*El trabajo es bastante agotador, coma.* No puedes hacer que vaya a verte; no con esa bruja fisgona de abajo. *Pero me encanta el campo y el aire libre, punto.*

—De todas formas... Es magnífica.

—Sí, lo es, pero es muy grande. *Las condiciones son realmente buenas, dos puntos.* A mí me gustan más pequeñas. Ponen más entusiasmo. *Los dormitorios son sencillos pero cómodos, abrir paréntesis.* Y puedes disfrutar con ellas todo lo que quieras. *Y en octubre nos repartirán...* Estás loco, ¿lo sabes?

—¿Por qué?

—Por él. *Y en octubre nos repartirán esos estupendos edredones de pluma. Para las noches más frías, cerrar paréntesis, punto y coma.* Por él. Por el Viejo Bebedor.

—Ese tipo no es nada. —Y utilicé una expresión yidis, pronunciándola con precisión para que el lápiz de la señorita Kubis pudiera hacer una pausa—. Es un *grubbe tuchus*. Un culo-gordo. Es débil.

—*La comida es sencilla, coma, es cierto, pero completa y abundante, punto y coma.* El viejo culo-gordo es malo, Golo. *Y todo está inmaculadamente limpio, punto.* Y astuto. Tiene la astucia de los débiles. *Enormes*, y subraya eso, por favor, *enormes cuartos de baño en la granja..., con grandes bañeras independientes, punto. La limpieza, coma, la limpieza, impecable. Abrir signo de admiración, Ya sabes cómo son estos alemanes, cerrar signo de admiración.* — Boris suspiró y dijo, presa de una rabieta adolescente o incluso infantil—: *Señorita Kubis, por favor*, ¡levante la mirada de vez en cuando para que al menos pueda verle la cara!

Fumando cigarrillos y bebiendo kir en copas cónicas, contemplábamos Kalifornia, que se asemejaba, a un tiempo y a escala gigantesca, a unos grandes almacenes (que ocuparan toda una manzana) vacíos, a un rastrillo benéfico tremendamente heterogéneo, a una sala de subastas, a una aduana, a una feria de negocios, a un ágora, a un emporio, a un mercado, a un mercadillo al aire libre, a un planetario, a una oficina terminal de objetos perdidos.

Altos montones de mochilas, morrales, bolsas, maletas y baúles (éstos con tentadoras etiquetas de viajes, evocadoras de puestos fronterizos, de brumosas ciudades...), como una vasta pila para quemar a la espera de la tea ardiendo. Un montón de mantas tan alto como un edificio de tres pisos: ninguna princesa, por delicada que fuera, notaría un guisante bajo un grosor de veinte, treinta mil mantas. Y aquí y allá, a su alrededor, gigantescos montones de cazuelas y utensilios de cocina, de cepillos de pelo, camisas,

abrigo, vestidos, pañuelos, y relojes, gafas y todo tipo de prótesis, pelucas, dentaduras, artilugios para la sordera, botas ortopédicas, protectores de la columna vertebral. La mirada se detuvo al fin en el montículo de zapatos infantiles, y luego en el hacinamiento caótico de cochecitos de niño, algunos de los cuales eran meras artesas sobre ruedas; otros, con curvas, bien torneados, pequeñas carrozas para duquesitos y duquesitas... Dije:

—¿Qué está haciendo allí tu Esther? Es muy poco alemán, ¿no? ¿Para qué sirve una jarra llena de pasta de dientes?

—Busca piedras preciosas... ¿Sabes cómo se ganó mi corazón, Golo? La hicieron bailar para mí. Era como un líquido. Casi me eché a llorar. Era mi cumpleaños y bailó para mí.

—Oh, sí. Feliz cumpleaños, Boris.

—Gracias. Más vale tarde que nunca.

—¿Cómo se siente uno con treinta y dos años?

—Bien, supongo. Hasta el momento. Lo sabrás tú mismo dentro de nada. —Se pasó la lengua por los labios—. ¿Sabes que se pagan el billete? Se pagan sus billetes, Golo. No sé cómo ha sido con esos parisinos, pero la norma es... —Se inclinó para apartarse una voluta de humo del ojo—. La norma es que hagan el viaje en tercera clase. Sólo «ida». Mitad de precio para los niños menores de doce años. Sólo ida. —Se enderezó—. Está bien, ¿no?

—Podría decirse que sí.

—Los judíos tenían que bajarse del pedestal en el que se habían puesto, lo cual sucedió ya en 1934. Pero esto..., joder, esto es ridículo.

Sí, y estaban Suitbert y Romhilde Seedig, y estaban Frithuric y Amalasand Burckl, y estaban los Uhl, Drogo y Norberte, y estaban Baldemar y Trudel Zulz... Yo..., yo, por supuesto, iba sin pareja; pero me compensaron con la joven viuda, Alisz Seisser (el sargento

mayor del regimiento Orbart Seisser había fallecido recientemente, con tremenda violencia e ignominia, aquí en el Kat Zet).

Sí, y estaban también Paul y Hannah Doll.

Fue el comandante el que me abrió la puerta. Reculó un paso y dijo:

—¡Ajá, viene de tiros largos! Y tiene grado de oficial, nada menos.

—Sólo nominal, señor. —Me limpiaba las suelas en el felpudo—. Y un grado que no podría ser más humilde, ¿no cree?

—La graduación no es un indicador fiable de importancia, Obersturmführer. El ámbito de jurisdicción es lo importante. Mire Fritz Möbius. Está más abajo en la escala jerárquica que usted, y es un fenómeno. El ámbito de autoridad, ésa es la clave. Entre, joven. Y no se preocupe por esto mío. Un accidente de jardinería. Me di un buen porrazo en el hueso de la nariz.

Y, como resultado, Paul Doll tenía los dos ojos rematadamente negros.

—No es nada. Sé lo que es una herida de verdad, creo. Debería haber visto mi estado en el frente iraquí en 1918. Estaba hecho trizas. Y tampoco me preocupan *ellas*.

Se refería a sus hijas. Paulette y Sybil estaban sentadas en lo alto de las escaleras, en camisón, cogidas de la mano y llorando con paciencia. Doll dijo:

—Oh, Dios santo... Están enfadadísimas por no sé qué cosa... Bien, ¿dónde está mi esposa?

Había decidido no quedarme mirándola. Así que Hannah —grande en envergadura, con aire de diosa y con un bronceado reciente y un vestido de noche de seda ámbar...— fue casi al instante relegada a las zonas menos claras de mi visión periférica... Sabía que me esperaba una velada larga y tortuosa; y, sin embargo, seguía con la esperanza de hacer algún progreso, por insignificante que fuera. Mi plan era sacar un tema y debatirlo con vehemencia, y así poder poner en práctica cierta regla de la atracción. Era quizá una regla de la atracción deplorable, pero pocas veces fallaba.

Seedig, alta y delgada, y el pequeño y corpulento Burckl vestían trajes de calle; todos los demás hombres llevaban uniformes de gala. Doll, cubierto de medallas (la Cruz de Hierro, la Insignia de Plata, el Anillo de Honor de las SS), daba la espalda al fuego de leña con las piernas absurdamente separadas, meciéndose sobre los talones y, ocasionalmente, levantando una mano y dejándola temblar sobre los horribles buccinos de debajo de las cejas. Alisz Seisser iba de luto, pero Norberte Uhl, Romhilde Seedig, Amalasand Burckl y Trudel Zulz vestían llameantes terciopelos y tafetanes, como cartas de una baraja: reinas de diamantes, reinas de tréboles. Doll dijo:

—Thomsen, sírvase usted mismo. Adelante, manos a la obra.

Sobre el aparador había muchas bandejas de canapés (salmón ahumado, salami, arenques en salmuera), más un surtido completo de licores y cuatro o cinco botellas de champán semivacías. Estuve un poco con los Uhl: Drogo, un capitán de mediana edad, con la corpulencia de un estibador, y una mejilla hendida de tonalidad azul grisácea por la incipiente barba cerrada; y Norberte, una presencia rizada, quisquillosa, con pendientes del tamaño de bolos y una diadema dorada. No intercambiamos muchas palabras, pero hice un par de descubrimientos medianamente sorprendentes: Norberte y Drogo se desagradaban muchísimo mutuamente, y los dos estaban ya borrachos.

Abordé a Frithuric Burckl y hablamos del trabajo durante veinte minutos. Luego Humilia entró en la sala por las puertas dobles, hizo una tímida reverencia y anunció que la cena se serviría en breve.

Hannah dijo:

—¿Cómo están las niñas? ¿Mejor?

—Siguen muy mal, señora. No consigo nada con ellas. No se dejan consolar.

Humilia se apartó para dejar pasar a Hannah, que se dirigió con rapidez hacia el interior de la casa. El comandante, con un rictus de irritación, la observó mientras se alejaba.

—Ahora estás *aquí*. Ahora estás *allá*.

Boris me había advertido solemnemente que las mujeres se sentarían todas juntas, o comerían aparte en la cocina (quizá con los niños, poco antes de la cena de los hombres). Pero no; cenamos todos juntos, al estilo mixto estándar. Éramos doce a la mesa circular; y si yo, tomando como referencia las agujas del reloj, estaba situado a las seis, Doll estaba a las once, y Hannah a las dos (lo cual permitía técnicamente que nuestras pantorrillas se enlazaran, pero si se me ocurría intentarlo sólo continuaría en la silla la parte de atrás de mi cabeza). Tenía a Norberte Uhl a un lado y a Alisz Seisser al otro. Con pañuelos blancos anudados alrededor de la cabeza, la criada Bronislawa y otra ayudante, Albinka, encendieron el candelabro con largas cerillas de Navidad. Dije:

—Buenas noches, damas. Buenas noches, señora Uhl. Buenas noches, señora Seisser.

—Gracias, señor. Encantada —dijo Alisz.

Lo convencional por aquellos pagos era que hablabas con las mujeres mientras tomabas la sopa; después, una vez que daba comienzo la conversación general, ya no se esperaba oír a las mujeres (éstas se convertían en cojines acolchados; se convertían en amortiguadores). Norberte Uhl tenía la cara rubicunda y desencantada agachada sobre el mantel, y dejaba escapar unas risitas roncadas. Así que, sin mirar hacia las dos en punto, me volví de las siete a las cinco y me apresté a dedicarme a la viuda.

—Me entristeció mucho, señora Seisser —empecé—, enterarme de su pérdida.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Tenía algo menos de treinta años y una tez curiosamente cetrina, con numerosos lunares (que daban una sensación de continuidad cuando, al sentarse, se levantaba el velo negro y moteado). Boris era un elocuente admirador de su figura redonda y de baja estatura (que esa noche parecía fluida y animada, pese a su paso sepulcral).

Incluso me refirió, con desdeñoso detalle, las últimas horas del sargento mayor.

—Qué pérdida —dijo Alisz.

—Pero es tiempo de grandes sacrificios y...

—Es cierto, señor. Gracias, señor.

Alisz Seisser no estaba allí como amiga o colega, sino como viuda de un humilde suboficial a la que se pretendía honrar; se sentía, como es obvio, penosamente incómoda. Yo me empeñaba en consolarla. Y durante un rato busqué un rasgo redentor, una gracia salvífica; sí, un rayo de esperanza en la negra nube de tormenta de la defunción de Orbart. Se me ocurrió empezar por decir que el Sturmscharführer, en el momento de su accidente, se encontraba bajo los efectos de un potente analgésico: una dosis alta, si bien enteramente recreativa, de morfina.

—No se sentía muy bien aquel día —dijo Alisz, mostrando sus dientes felinos (blancos como el papel, delgados como el papel)—. No se sentía nada bien.

—Ya. Es un trabajo que exige mucho.

—¿Sabe? Me dijo: «No estoy muy bien, querida. No estoy como debería estar.»

Antes de ir a la enfermería para pedir su medicación, el sargento mayor Seisser fue a Kalifornia a robar el dinero suficiente para pagarla. Una vez hecho esto, volvió a su puesto en la linde sur del Campo de Mujeres. Cuando se acercaba al almacén de patatas (quizá pensando en encontrar algún alivio en su quietud), dos prisioneros se salieron de la fila y corrieron hacia la alambrada (una forma de suicidio; asombrosamente poco frecuente). Seisser empuñó la metralleta y, audaz, abrió fuego.

—Una triste combinación de circunstancias —dije.

Porque Orbart, sorprendido por el fuerte retroceso de la metralleta (y sin duda sorprendido también por la potencia de la droga), reculó tambaleándose seis o siete pasos, y, sin dejar de disparar, fue a dar contra la valla electrificada y cayó redondo.

—Una tragedia —dijo Alisz.

—Sólo cabe esperar, señora Seisser, que la labor del tiempo...

—Bien. El tiempo cura todas las heridas, señor. O eso dicen.

Al final retiraron los boles de sopa y se sirvió el plato principal: un estofado de vacuno espeso y vinoso.

Hannah acababa de volver a la mesa, y Doll se hallaba en la mitad de una anécdota, la visita, siete semanas atrás (a mediados de julio) del Reichsführer-SS Heinrich Himmler.

—Llevé a nuestro distinguido huésped a la Granja de Cría de Conejos, en Dwory. Le insto a usted a que vaya a verla, Frau Seedig. Preciosos conejos de angora, blancos y esponjosos como ellos solos. Los criamos aquí, ¿sabe? Cientos de ellos. Por la piel, claro. ¡Para que nuestros aviadores no pasen frío en sus misiones! Y había un inquilino concreto llamado Bola de Nieve —dijo Doll, mientras poco a poco se le dibujaba en el semblante una sonrisa maliciosa—. Una absoluta belleza. Y el médico prisionero, pero ¿qué estoy diciendo?, el *veterinario* prisionero, le había enseñado todo tipo de «mañas». —Doll frunció el ceño (hizo una mueca de dolor, y sonrió con gesto doliente)—. Bien, había una de esas mañas... La mejor de ellas. Bola de Nieve se ponía derecho sobre las patas traseras, y con las patas delanteras, así, ¿saben lo que hacía? Suplicaba. ¡Le había enseñado a Bola de Nieve a suplicar!

—¿Y nuestro distinguido huésped quedó debidamente encantado? —preguntó el profesor Zulz (Zulz, coronel honorario de las SS, tenía la siniestra edad indefinida de ciertos médicos varones)—. ¿Le hizo gracia la cosa?

—Oh, el Reichsführer quedó encantadísimo. Vaya, estaba radiante, ¡y aplaudió! Y todo su séquito aplaudió también. Todos aplaudieron a Bola de Nieve, que parecía bastante alarmado ¡pero que seguía allí todo derecho, suplicando!

Por supuesto, con las damas presentes, los caballeros procuraban no hablar de los esfuerzos de la guerra (y asimismo trataban de no hablar de su componente local: el progreso de Buna-Werke). Durante todo este tiempo, Hannah y yo no nos habíamos

mirado exactamente, pero de cuando en cuando nuestras miradas indirectas se rozaban sibilantes a la luz de las velas... La conversación se extendió sobre el tema de las técnicas de la agricultura natural, y derivó hacia los remedios de hierbas, la hibridación de verduras, el mendelismo, las enseñanzas controvertidas del agrónomo soviético Trofim Lysenko.

—Debería ser de conocimiento más general —dijo el profesor Zulz— que el Reichsführer es toda una eminencia en el campo de la etnología. Me refiero a su trabajo en el Ahnenerbe.

—Muy cierto —dijo Doll—. Ha creado equipos enteros de antropólogos y arqueólogos.

—Runólogos, heraldistas y demás...

—Expediciones a Mesopotamia, los Andes, el Tíbet.

—Maestría —dijo Zulz—. Capacidad mental. Que es lo que nos ha convertido en los maestros de Europa. Lógica aplicada, eso es lo que es. No hay grandes misterios al respecto. ¿Saben?, me preguntó si alguna vez ha habido un liderazgo, una cadena de mando tan evolucionada intelectualmente como la nuestra.

—Cl —dijo Doll—. Capacidad mental. Ningún gran misterio al respecto.

—Ayer por la mañana estaba yo ordenando mi escritorio —prosiguió Zulz— y di con dos memorándum unidos por un clip. Oigan esto. De los veinticinco líderes de los Einsatzgruppen que actuaron en Polonia y la Unión Soviética (y que llevaron a cabo una tarea dura de verdad, se lo puedo asegurar), quince tenían un doctorado. Y ahora fíjense en la Conferencia de Secretarios de Estado de enero. De los quince asistentes, ¿cuántos doctores? *Ocho.*

—¿Qué conferencia fue ésa? —preguntó Suitbert Seedig.

—La de Berlín —dijo el capitán Uhl—. En Wannsee. Para ultimar...

—Para ultimar las evacuaciones previstas —dijo Doll, levantando la barbilla y frunciendo los labios—, a los territorios liberados del este.

—Ya. «Cruzado el Bug»^[8] —dijo Drogo Uhl con un bufido.

—Ocho doctores —dijo el profesor Zulz—. De acuerdo, Heydrich (descanse en paz) la convocaba y la presidía. Pero aparte de él, todos eran funcionarios de segunda fila, o incluso de tercera. Y aun así, ocho doctores. Potencia en profundidad. Así es como se toman las decisiones óptimas.

—¿Quiénes estaban? —dijo Doll mirándose las uñas—. Ya, Heydrich, ¿pero quién más? Lange. Muller, de la Gestapo. Eichmann, el distinguido jefe de estación. Con su tablilla de pinzas y su silbato.

—Eso es precisamente lo que quiero decir, Paul. Potencia intelectual en profundidad. Decisiones excelentes, de la primera a la última.

—Mi querido Baldemar, en Wannsee no se «decidió» nada. Se limitaron a ponerle el sello a una decisión tomada meses antes. Y tomada al más alto nivel.

Era hora de tratar y dar la importancia debida a mi asunto. En el sistema político vigente, todo el mundo se había habituado a la idea de que donde empezaba el secreto empezaba el poder. Ahora bien, *el poder corrompe*, y esto no era una metáfora. Pero que *el poder atrae*, por fortuna (para mí), tampoco era una metáfora, y yo me había aprovechado mucho sexualmente de mi proximidad al poder. En tiempo de guerra, las mujeres sienten especialmente la fuerza de gravedad del poder. Necesitan a todos sus amigos y admiradores, y a sus protectores. Un tanto en broma, dije:

—Comandante, ¿puedo decirle una o dos cosas que no se conocen demasiado?

Doll dio un pequeño brinco sobre el trasero, y dijo:

—Oh, sí, por favor.

—Gracias. La conferencia era una especie de experimento o ensayo piloto. Y el presidente previó muy serias dificultades. Pero fue un éxito inesperado y rotundo. Cuando terminó, Heydrich, el Reichsprotektor Reinhard Heydrich, tenía en las manos un cigarro y

una copa de brandy. Y era apenas mediado el día. Heydrich, que muy contadas veces bebía solo. Un brandy enfrente del fuego. Con el pequeño revisor de tren^[9] Eichmann enroscado a sus pies.

—¿Estaba usted allí?

Me encogí de hombros con languidez. También me incliné hacia delante y, con ánimo experimental, puse la mano entre las rodillas de Alisz Seisser, y sus rodillas se cerraron con fuerza y su mano encontró la mía, e hice un descubrimiento más. Además de todos sus otros problemas, Alisz estaba aterrorizada mortalmente. Todo su cuerpo se estremeció. Doll dijo:

—¿Estaba usted allí? ¿O aquello era de un nivel demasiado bajo para usted? —Masticó y tragó—. Sin duda todo esto le viene de su tío Martin. —Sus dos ojos negros se pasearon por la mesa—. Bormann —dijo con voz más grave—. El Reichsleiter... Conocí a su tío Martin, Thomsen. Fuimos compañeros y amigos en la batalla.

Esto me sorprendió, pero dije:

—Sí, señor. Solía mencionarle; a usted y a la amistad de la que ambos disfrutaban.

—Transmítale mis mejores deseos. Y... continúe, por favor.

—¿Dónde estábamos? Heydrich quería tantear el terreno. Para ver...

—Si se refiere al Lago, el agua está helada.

—Suitbert, por favor^[10] —dijo Doll—. Herr Thomsen...

—Tantear el terreno ante una eventual oposición administrativa. Oposición a lo que podría parecer un empeño enormemente ambicioso. La aplicación de nuestra estrategia racial definitiva en todo el ámbito europeo.

—¿Y?

—Como he dicho, la respuesta fue insólitamente positiva. No se detectó oposición. Ninguna.

Zulz dijo:

—¿Qué es lo que resultaba insólito?

—Bueno, piense en ese ámbito europeo, profesor. España, Inglaterra, Portugal, Irlanda. Y el número de personas implicadas.

Diez millones. Tal vez doce.

Ahora, la figura repantigada a mi izquierda, Norberte Uhl, dejó caer el tenedor en el plato y dijo, farfullando:

—Sólo son *judíos*...

Se oía el paladeo y la ingestión de los civiles (Burckl sorbiendo metódicamente y con ruido la salsa de la cuchara, Seedig llenándose la boca de Nuits-Saint-Georges). Todos los demás habían dejado de masticar; y yo comprendí que no era el único que se sentía intensamente consciente de Drogo Uhl, cuya cabeza ahora describía despacio una especie de ocho en el aire mientras su boca se abría de par en par. Se volvió hacia Zulz exhibiendo los dientes superiores, y dijo:

—No, no perdamos los estribos, ¿de acuerdo? Seamos indulgentes. Mi mujer no entiende nada. ¿Sólo judíos?...

—«Sólo» judíos... —abundó Doll con tristeza (doblabla la servilleta con aire de astucia)—. Un comentario algo extraño, ¿no cree, profesor?, dado que su cerco del Reich se ha hecho ya total.

—Muy extraño, ciertamente.

—No nos hemos puesto a ello a la ligera, señora. Sabemos lo que vamos a hacer, creo.

Zulz dijo:

—Sí. Verá, son especialmente peligrosos, señora Uhl, porque han comprendido hace mucho tiempo un principio biológico capital. La pureza racial equivale al poder racial.

—No los verá usted cruzando su sangre —dijo Doll—. Oh, no. Entendieron esto mucho antes que nosotros.

—Y eso los hace unos enemigos terribles —dijo Uhl—. Y su crueldad. Dios mío. Discúlpeme, señoras, porque no deberían tener que oírlo, pero...

—Desuellan a nuestros heridos.

—Bombardean nuestros hospitales de campaña.

—Torpedean nuestras lanchas salvavidas.

—Y...

Miré a Hannah. Tenía los labios apretados y fruncía el ceño mirando sus manos. Sus manos de dedos largos, que lentamente se combinaban y se entrelazaban y retorcían como si se estuviera lavando las manos bajo un grifo.

—Es una maquinación planetaria y muy antigua —dijo Doll—. Y tenemos las pruebas. ¡Tenemos las actas!

—*Los protocolos de los sabios de Sión* —dijo Uhl con voz grave. Dije:

—Ah, comandante. Tengo entendido que hay gente que tiene dudas sobre estos *Protocolos*.

—Oh, ¿sí? —dijo Doll—. Bien, pues les remito a *Mein Kampf*, donde se explica la cuestión de manera hartamente brillante. No recuerdo las palabras exactas, pero lo esencial es eso. En fin... El *Times*, de Londres, repite una y otra vez que el documento es falso. Y ya solamente eso es una prueba de su autenticidad... Demoledor, ¿no? Absolutamente incontestable.

—Eso es... ¡Chúpate ésa! —dijo Zulz.

—Son sanguijuelas —dijo Trudel, la mujer de Zulz, arrugando la nariz—. Son como chinches.

Hannah dijo:

—¿Puedo hablar?

Doll volvió hacia ella su mirada de salteador de caminos.

—Bien, es un punto básico —dijo Hannah—. No hay forma de eludirlo. Me refiero al talento para el engaño. Y la avaricia. Hasta un niño puede verlo. —Aspiró el aire y continuó—: Te hacen promesas y promesas, son todo sonrisas. Te engatusan y al final te despojan de todo lo que tienes.

¿Fue mi imaginación? Lo que acababa de oír habría sido un comentario bastante normal en un ama de casa casada con un oficial de las SS; pero sonó un tanto equívoco a la luz de las velas.

—Todo eso es innegable, Hannah —dijo Zulz, con expresión de desconcierto. Luego su semblante se despejó—. Ahora, sin embargo, le estamos dando a probar al judío su propia medicina.

—Ahora se han vuelto las tornas —dijo Uhl.

—Ahora le estamos pagando con la misma moneda —dijo Doll—. Y ahora se le están quitando las ganas de reírse. No, señora Uhl. No nos hemos puesto a ello a la ligera. Sabemos lo que vamos a hacer, creo.

Mientras las ensaladas y los quesos y las frutas y los dulces y el café y el Oporto y el aguardiente iban pasando en torno a la mesa, Hannah hizo su tercera visita al piso de arriba.

—Ahora están cayendo como moscas —estaba diciendo Doll—. Da casi lástima coger el dinero. —Levantó una mano bulbosa, y enumeró—: Sebastopol. Vorónezh. Járkov. Rostov.

—Sí —dijo Uhl—. Y espere a que nos hayamos abierto camino al otro lado del Volga. Hemos bombardeado y le hemos sacado las tripas a Leningrado. Y no tenemos más que tomarla.

—Eh, muchachos —dijo Doll (refiriéndose a Seedig, a Burckl y a mí)—, será mejor que lo dejéis y os vayáis a casa. Sí, sí, vamos a seguir necesitando vuestro caucho. Pero no vamos a seguir necesitando vuestra gasolina. No con los campos petrolíferos del Cáucaso a nuestra disposición. ¿Y bien? ¿Les has dado azotes en el culo hasta ponérselo morado?

Esta última pregunta se la dirigía a su mujer, que se agachaba bajo el dintel de la puerta y salía de las sombras y volvía a la luz fluctuante de las velas. Hannah se sentó y dijo:

—Están dormidas.

—¡Loado sea Dios y sus ángeles celestiales! Qué cantidad de tonterías... —La cabeza de Doll volvió a mirar al frente y dijo—: Aplastaremos el judeo-bolchevismo para finales de año. Y entonces les llegará el turno a los americanos.

—Sus fuerzas armadas son *patéticas* —dijo Uhl—. Dieciséis divisiones. Las mismas que Bulgaria, poco más o menos. ¿Cuántos bombarderos B-17? Diecinueve. De chiste.

—Tienen camiones dando vueltas por ahí en maniobras —dijo Zulz—, con la palabra *Tank* pintada en los costados.

—Norteamérica no va a cambiar nada las cosas —dijo Zulz—. Nada en absoluto. Ni siquiera sentiremos su peso en la balanza.

Frithuric Burckl, que apenas había hablado antes, dijo con voz calma:

—Ha sido muy diferente de nuestra experiencia en la Gran Guerra. En cuanto la economía empiece a funcionar...

Dije:

—Oh, por cierto, ¿sabía esto, comandante? Hubo otra conferencia en Berlín el mismo día de enero. Presidida por Fritz Todt. Armamento. Sobre cómo reestructurar la economía. Sobre los preparativos a muy largo plazo.

—¡Derrotismo! —dijo riendo Doll—. *Wehrkraftzersetzung!*

—Ni un ápice de eso, señor —dije, riendo también—. El ejército alemán. El ejército alemán es como una fuerza de la naturaleza: irresistible. Pero tiene que ser equipado y abastecido. El problema es la mano de obra.

—Ya que han vaciado las fábricas —dijo Burckl— y les han puesto a los obreros el uniforme. —Enlazó los brazos rechonchos y cruzó las piernas—. En todas las campañas del cuarenta perdimos cien mil hombres. En las Ostland, ahora, estamos perdiendo treinta mil al mes.

Dije:

—Sesenta mil. Treinta mil es la cifra oficial. Son sesenta mil. Hay que ser realistas. El nacionalsocialismo es lógica aplicada. No tiene ningún misterio, como usted dijo. Así, mi comandante, ¿puedo hacer una sugerencia polémica?

—Muy bien. Oigámosla.

—Tenemos un recurso de trabajo sin explotar de veinte millones. Aquí, en el Reich.

—¿Dónde?

—Sentada a cada lado de usted, señor. Las mujeres. La mano de obra femenina.

—Imposible —dijo Doll, complacido—. ¿Mujeres y guerra? Eso va en contra de nuestras más preciadas convicciones.

Zulz, Uhl y Seedig convinieron con él con un murmullo.

Dije:

—Lo sé. Pero todo el mundo lo hace. Los anglosajones. Los rusos.

—Razón de más para que no lo hagamos nosotros —dijo Doll—. A mi mujer no la van a convertir en una Olga sudorosa que cava trincheras.

—Hacen mucho más que cavar trincheras, comandante. Las baterías, las baterías antiaéreas que plantaron cara a los panzers de Hube al norte de Stalingrado, y que pelearon hasta la muerte, estaban todas a cargo de mujeres. Estudiantes, chicas jóvenes... — Di un último apretón al muslo de Alisz, y levanté los brazos y me eche a reír, diciendo—: Estoy siendo muy temerario. Y terriblemente indiscreto. Lo siento, pido disculpas a todo el mundo. A mi querido tío Martin le gusta hablar por teléfono, y al final del día la información me sale hasta por las orejas. O por la boca. Bien, ¿qué les parece, señoras?

—¿Qué nos parece qué? —dijo Doll.

—Arrimar el hombro.

Doll se puso en pie.

—No contesten. Es hora de hacer desaparecer a Thomsen. ¡No puedo permitir que este «intelectual» corrompa a nuestras mujeres! Bien, en mi casa son los caballeros lo que se retiran después de cenar. No al salón, sino a mi humilde estudio, donde habrá coñac y puros y tendremos una conversación *seria* sobre la guerra. Señores... Si hacen el favor.

Fuera, la noche estaba revestida de algo..., algo de lo que había oído hablar pero que nunca había experimentado: el don silesio para los inviernos. Y era el 3 de septiembre. Estaba abotonándome el abrigo en las escaleras, bajo el farol del garaje.

En el desordenado estudio de Doll, todos —salvo Burckl y yo— hablaban a grandes voces sobre las maravillas que estaban obrando los japoneses en el Pacífico (victorias en Malasia, Birmania, el Borneo británico, Hong Kong, Singapur, Manila, la península de Bataán, las islas Salomón, Sumatra, Corea y el oeste de China), y elogiaron la estrategia militar de Shojiro Iida, de Homma Masaharu, de Hitoshi Imamura, de Itagaki Seishiro. Hubo una pausa más tranquila, durante la cual se estuvo de acuerdo sin estridencias en que los imperios escleróticos y las democracias titubeantes de Occidente no podían medirse en modo alguno con las ascendentes autocracias raciales del Eje. Las cosas volvieron a hacerse más ruidosas cuando debatieron las inminentes invasiones de Turquía, Persia, la India, Australia y (quién lo diría) Brasil...

En un momento dado, sentí la mirada de Doll. Se hizo un silencio inesperado, y Doll dijo:

—Se parece un poco a Heydrich, ¿no? Tienen cierto parecido.

—No es el primero que lo nota, señor. —Aparte de Göring, que podía haber sido un burgués salido de *Los Buddenbrook*, y aparte del antiguo vendedor de champán y falso aristócrata Ribbentrop (a quien la sociedad londinense, durante el tiempo que estuvo de embajador en la capital inglesa, apodó el Ario Errante), Reinhard Heydrich era el único nazi prominente que podía pasar por teutón puro. Los demás respondían a la tan habitual mezcla báltica-alpina-danubiana—. Heydrich tuvo que acudir varias veces a los tribunales para defender su prole —dije—. Pero todos aquellos rumores, Hauptsturmführer, parecen carecer de toda base.

Doll sonrió.

—Bien, confiemos en que Thomsen evite la muerte prematura del Protector. —Alzó la voz y dijo—: Winston Churchill está a punto de dimitir. No tiene elección. En favor de Eden, que está menos influenciado por los judíos. ¿Saben? Cuando la Wehrmacht regrese victoriosamente del Volga, y de lo que fueron Moscú y Leningrado, será desarmada por las SS en la frontera. De ahora en adelante vamos a...

Sonó el teléfono. El teléfono sonó a las once de la noche: una llamada programada de Berlín —de una de las secretarias del Sekretär (una antigua novia mía muy complaciente)—. Se hizo un silencio obediente mientras yo hablaba y escuchaba.

—Muchas gracias, señorita Delmotte. Dígale al Reichsleiter que lo entiendo. —Colgué—. Lo siento, caballeros. Tendrán que disculparme. Está a punto de llegar un mensajero a mi apartamento de la Ciudad Vieja. Debo irme a recibirle.

—No hay descanso para los malvados —dijo Doll.

—Ningún descanso —dije, con una inclinación de cabeza.

En la sala, Norberte Uhl estaba tendida en el sofá como un espantapájaros caído, atendida por Amalasand Burckl. Alisz Seisser estaba sentada con la mirada fija en un banco de madera bajo, atendida por Trudel Zulz y Romhilde Seedig. Hannah Doll acababa de irse arriba, y no se esperaba que volviera. Sin dirigirme a nadie en particular, dije que tenía que irme, que es lo que hice, tras detenerme un par de minutos en el pasillo del pie de las escaleras. Me llegaba el retumbar distante del agua corriendo en una bañera; y el sonido levemente pegajoso de unos pies desnudos; y el crujido alborotado de las tablas del entarimado.

Fuera, en el jardín delantero, me volví y miré hacia arriba. Esperaba ver a Hannah desnuda o semidesnuda a través de la ventana, mirando hacia mí con los labios separados (e inhalando con aspereza el humo de un Davidoff). Mi esperanza se vio defraudada. Sólo alcancé a ver las cortinas de piel o de cuero echadas, y la acogedora luz rectangular del interior. Así que me encaminé hacia la salida.

Las farolas de arco iban quedando atrás a intervalos de cien metros. Enormes moscas negras se apelotonaban sobre sus rejillas. Sí, y un murciélago cruzó con ligereza el cristalino cremoso de la luna. Del Club de Oficiales —supuse—, transportado por la acústica tortuosa del Kat Zet, llegó el sonido de una balada popular («Di

hasta pronto con voz suave cuando nos separemos»). Pero también oí pisadas a mi espalda, así que me di la vuelta.

Aquí, con mucha frecuencia, tenías la impresión de vivir en una vasta y explosiva casa de locos. Ahora era uno de esos momentos. Un niño de sexo indeterminado con un camisón que le llegaba hasta los pies caminaba con rapidez hacia mí; sí, con rapidez, con demasiada rapidez, todos ellos se movían con demasiada rapidez.

La pequeña forma salió con un contoneo de la oscuridad. Era Humilia.

—Tome —dijo, y me tendió un sobre azul—. De la señora.
Se dio la vuelta y se alejó de prisa.

*Me he resistido mucho... No puedo seguir haciéndolo... Ahora debo... A veces una mujer... Me duelen los pechos cuando...
Reúnase conmigo en... Iré a verle a su...*

Caminé durante veinte minutos con muchas fantasías en la cabeza; dejé atrás la linde exterior de la Zona de Interés, luego recorrí los senderos vacíos de la Ciudad Vieja hasta llegar a la plaza de la estatua gris y el banco de hierro bajo la farola de poste curvo. Y allí me senté y leí.

—Adivina lo que ha hecho —dijo el capitán Eltz—. Esther.

Boris había entrado (con su llave) y recorría el breve trecho de mi salón, con un cigarrillo en una mano y ninguna copa de licor en la otra. Estaba sobrio, vehemente e inquieto.

—¿Te acuerdas de la postal? ¿Está loca o qué?

—Un momento. ¿Qué?

—Todo aquello de la buena comida y la limpieza y las bañeras. No escribí nada de eso. —Boris, indignado ante la magnitud y la franqueza de las infracciones de Esther, prosiguió—: ¡Dijo que éramos un hatajo de asesinos embusteros! Y se inventó lo que le

dio la gana. Una sarta de ratas ladronas y brujas y machos cabríos. De vampiros y saqueadores de tumbas.

—¿Y pasó por la oficina del Postzensurstelle?

—Por supuesto que sí. En un sobre con los nombres de los dos. ¿Qué se pensaba? ¿Qué la iba a echar a un buzón?

—Así que está de vuelta sacando mierda a paladas o con una llana.

—No, Golo. Eso es un *crimen* político. Sabotaje. —Boris se inclinó hacia delante—. Cuando llegó al Kat Zet se dijo una cosa a sí misma. Me lo contó ella. Se dijo a sí misma: *No me gusta esto*, y no voy a morir aquí... Y mira cómo se porta.

—¿Dónde está ahora?

—La han encerrado en el Búnker 11. Mi primer pensamiento fue... Tengo que llevarle algo de comida y agua. Esta noche. Pero ahora pienso que le vendrá bien. Un par de días ahí dentro. Tiene que aprender.

—Toma un trago, Boris.

—Sí, claro.

—¿Aguardiente? ¿Qué les hacen en el Búnker 11?

—Gracias. Nada. Y ahí está la cosa. Möbius lo explica así: dejamos que la naturaleza siga su curso. Y uno no se va a interponer en los designios de la naturaleza, ¿no? Dos semanas suele ser lo normal, si son jóvenes. —Alzó la mirada—. Pareces desanimado, Golo. ¿Te ha dado la patada Hannah?

—No, no. Sigue. Lo de Esther. ¿Cómo la sacamos de ahí?

Hice el esfuerzo necesario, y traté de interesarme por las anodinas cosas de la vida y de la muerte.

2. DOLL: EL PLAN

Hablando con sinceridad, estoy un poco furioso por lo de los ojos a la funerala.

No es que me importe la lesión en sí, huelga decir. Mi hoja de servicios habla por sí misma, me atrevería a afirmar, en cuestiones de capacidad de recuperación física. En el frente iraquí, durante la última guerra (donde, a los 17 años, y siendo el suboficial más joven de todo el ejército del imperio, les gritaba órdenes con toda naturalidad a hombres que me doblaban en edad), peleé durante todo el día, ja, y toda la noche, y otra vez todo el día, con la rodilla izquierda arrancada y la cara y el cuero cabelludo mordidos por la metralla... Y aún me quedaron fuerzas suficientes para, al amanecer siguiente, hundirles la bayoneta en las tripas a los ingleses e indios rezagados del fortín que por fin logramos tomar.

Fue en el hospital de Wilhelma (una colonia alemana situada en la carretera que une a Jerusalén y Kaffa), mientras me recuperaba de 3 heridas de bala que tuve en la 2.^a batalla del Jordán, cuando sucumbí al «hechizo» del escarceo amoroso con una paciente, la esbelta Waltraut. A Waltraut la trataban de varios trastornos psicológicos, en especial la depresión; y quiero pensar que los fundidos íntimos que ensayamos ayudaron a sellar las grietas de su mente, al igual que cerraron las grandes heridas de mi zona lumbar. Hoy mis recuerdos de ese tiempo son primordialmente de *sonidos*. Y qué contrastes ofrecen: por un lado, los gruñidos y las náuseas del combate cuerpo a cuerpo, ¡y, por el otro, los arrumacos (a menudo acompañados de verdaderos arrullos) del amor joven en algún huerto o bosquecillo! Soy un romántico. En mi caso personal, tiene que haber idilio.

No, el problema de los ojos a la funerala es que dañan considerablemente mi aura de autoridad infalible. Y no me refiero solamente en la sala de mando o en la rampa o ahí abajo en los fosos. El día del accidente di una gran fiesta para la gente de Buna aquí, en mi magnífica casa, y durante largos lapsos de tiempo conseguí a duras penas guardar la compostura; me sentía como un pirata o un payaso en una pantomima, o un koala o un mapache. Antes me había quedado completamente hipnotizado por mi reflejo en la sopera: una mancha diagonal rosada con dos ciruelas

maduras bamboleándose bajo las cejas. Zulz y Uhl, estaba seguro, se dirigían sonrisas burlonas el uno al otro, e incluso Romhilde Seedig parecía reprimir disimuladamente una risita. Con el comienzo de la conversación general, sin embargo, reviví, y encabecé la charla con mi seguridad habitual (puse al señor Angelus Thomsen claramente en su sitio, por ejemplo).

Bien, si soy así en mi propia casa, entre colegas y conocidos y sus esposas, ¿cómo me comportaría con la gente que realmente importa? ¿Qué sucedería si tuviera que regresar el Gruppenführer? ¿Y si el Oberführer Benzler, de la Oficina Central de Seguridad, hiciera una repentina visita de inspección? ¿Y si, Dios no lo quiera, recibiéramos otra visita del Reichsführer-SS? Bueno, no creo que pudiera siquiera mantener la cabeza en alto delante del pequeño *Fahrkartenkontrolleur*, el Obersturmbannführer Eichmann...

Todo fue culpa de ese maldito viejo chiflado del jardinero. Imagínense, si les parece, una mañana de domingo de tiempo impecable. Estoy en la mesa de nuestra primorosa salita del desayuno, con un ánimo excelente, después de una «sesión» extenuante aunque poco concluyente con mi media naranja. Doy cuenta del desayuno amorosamente preparado por Humilia (que se ha ido a no sé qué maldito tabernáculo en la Ciudad Vieja). Y después de despachar mis 5 salchichas (y tomarme un montón de tazones de mi café inexcusable), me levanto y voy hasta la puerta vidriera con la ilusión de fumarme un cigarro reflexivo en el jardín.

Bohdan, de espaldas a mí y con una pala al hombro, estaba en el sendero, mirando estúpidamente a la tortuga que mordisqueaba un tallo de lechuga. Y cuando yo pasaba del césped a la grava, él se dio la vuelta con una especie de celeridad espástica. La gruesa hoja de la pala describió un veloz semicírculo en el aire y me dio de lleno en el hueso de la nariz.

Hannah, cuando bajó por fin, me puso agua fría en la zona del golpe, y pegó suavemente la carne desgarrada en mi ceja con las cálidas puntas de sus *Fingerspitzen*...^[11]

Y ahora, toda una semana después, mis ojos tienen un color de rana enferma (de un vivo verde amarillento).

—Imposible —dijo Prüfer (muy propio de él).

Suspiré y dije:

—La orden viene del Gruppenführer Blobel, lo que significa que viene del Reichsführer-SS. ¿Entiende, Hauptsturmführer?

—Es imposible, Sturmbannführer. No se puede hacer.

Prüfer es, absurdamente, mi Lagerführer, y por tanto mi número 2. Wolfram Prüfer, joven (apenas 30 años), insípidamente guapo (tiene una cara redonda, sin matices), carente por completo de iniciativa, y, en general, un redomado holgazán. Alguna gente sostiene que la Zona de Interés es una especie de apartadero donde se arrumba a los segundones que han cometido errores graves; y estaría de acuerdo con ella (si no tuviera tendencia a valorar mal mi propia persona). Dije:

—Disculpe, Prüfer, pero no soy capaz de reconocer la palabra *imposible*. No está en el vocabulario de las SS. Nosotros estamos por encima de las condiciones objetivas.

—Pero ¿para qué todo eso, mein Kommandant?

—¿Que para qué todo eso? Es política, Prüfer. Estamos ocultando nuestras huellas. Hasta tenemos que moler las cenizas; en molinos trituradores de huesos, ¿no?

—Disculpe, señor, pero vuelvo a preguntarle. ¿Para qué? Sólo importaría si nos vencen, pero no nos van a vencer. Cuando nosotros venzamos, que venceremos, no importará en absoluto.

He de reconocer que yo había tenido el mismo pensamiento.

—También importará un *poco* cuando venzamos —razoné—. Tiene que considerar el largo plazo, Prüfer. Gente quisquillosa haciendo preguntas y fisgando aquí y allá.

—Pero el porqué aún se me escapa, Kommandant. Quiero decir que, cuando ganemos, se supone que vamos a seguir haciendo muchas más cosas de estas que estamos haciendo ahora, ¿no? Los gitanos y los eslavos, etc.

—Ya. Eso pensé yo.

—Entonces, ¿por qué ahora nos ponemos melindrosos con este asunto? —Prüfer se rascó la cabeza—. ¿Cuántas «piezas» son, Kommandant? ¿Tenemos siquiera una vaga idea?

—No. Pero son muchísimas. —Me levanté y empecé a pasearme—. Como sabe, Blobel es el responsable de la limpieza de todo el territorio. *Ach*, y no para de fastidiarme pidiéndome más y más Sonders. Y la rapidez con la que los despacha. Le dije: *¿Por qué tiene que deshacerse de todos sus Sonders después de cada Aktion? Hágalos durar un poco, ¿no le parece? No van a irse a ninguna parte. ¿Y cree que me escucha?* —Volví a sentarme—. Muy bien, *Hauptsturmführer*, pruebe esto.

—¿Qué es?

—¿Qué le parece que es? Agua. ¿Bebe el agua de aquí?

—No tema, *Sturmbannführer*. Bebo agua embotellada.

—Yo también. Pruebe ésta. Yo *tuve que* hacerlo. Vamos, pruébela... Es una orden, *Hauptsturmführer*. Adelante. No tiene que tragarla.

Prüfer tomó un sorbo y dejó que el agua se le deslizara por los dientes inferiores. Dije:

—Sabe a carroña, ¿no? Inspire fuerte... —Le ofrecí mi petaca—. Eche un trago de esto. Tome... Ayer me invitaron cordialmente al centro cívico de la Ciudad Vieja. Para reunirme con una delegación de las fuerzas vivas locales. Me dijeron que es un agua imbebible por mucho que la hiervas un montón de veces. Las «piezas» han empezado a «fermentar», *Hauptsturmführer*. Han llegado a la capa freática. No hay alternativa. El olor va a ser increíble.

—¿Que el olor va a ser increíble, mi Kommandant? ¿No cree que ya lo es?

—Deje de *quejarse*, Prüfer. Con quejas no llegaremos a ninguna parte. Lo único que hace usted es quejarse. Quejas y más quejas. Quejas, quejas, quejas, quejas...

Mis palabras, caí en la cuenta, duplicaban las de Blobel, cuando al principio yo también ponía peros. Y los reparos de Blobel seguro

que merecieron una reprimenda de Himmler. Y Prüfer les echaría sin duda una buena bronca a Erkel y Stroop al verlos remisos. Y así sucesivamente. Lo que tenemos en las Schutzstaffel es una cadena de quejas. Una cámara de resonancia de quejas... Prüfer y yo estábamos en mi despacho del EPA. Era un recinto de techo bajo, algo sombrío (y un tanto revuelto), pero yo estaba sentado detrás de un escritorio de tamaño impresionante.

—Así que es urgente —continué—. Es objetivamente urgente, Prüfer. Espero que lo vea.

Mi secretaria, la pequeña Minna, llamó y entró. Con una voz de sincero desconcierto, dijo:

—Ahí fuera hay un hombre que dice llamarse «Szmul», Kommandant. Ha venido a verle, o eso dice.

—Minna, dígame que siga donde está, y que espere.

—Sí, Kommandant.

—¿Hay café? ¿Café de verdad?

—No, Kommandant.

—¿Szmul? —Prüfer tragó saliva, respiró con dificultad, volvió a tragar saliva—. ¿Szmul? ¿El Sonderkommandoführer? ¿Qué está haciendo aquí, Sturmbannführer?

—Es todo, Hauptsturmführer —dije—. Examine los fosos, recoja los residuos de gasolina y el metanol, si queda algo, y hable con Sapper Jensen sobre la mecánica de las piras.

—Obedezco, mi Kommandant.

Mientras estaba sentado pensando entró bruscamente Minna con montones de teletipos y telegramas, de memorándum y comunicados. Minna es una mujer joven atractiva y competente, aunque de pecho demasiado plano (su trasero no tiene nada de malo, y si le levantases esa falda apretada seguro que...; no sé por qué estoy escribiendo esto. No es mi tipo en absoluto). Y en cualquier caso mis pensamientos estaban con mi mujer. ¿Hannah aquí (me pregunté), durante la *Aktion* en curso? No. Y también las chicas, en realidad. Creo que lo indicado en este caso es un pequeño viaje a Rosenheim. Sybil y Paulette son capaces de

llevarse bien con esos 2 excéntricos razonablemente inofensivos: sus abuelos maternos, en Abbey Timbers; las vigas de ébano, las gallinas, los divertidos dibujos separables de Karl, la cocina anárquica de Gudrun. Sí, los alrededores de Rosenheim: algo de aire rural no les hará ningún daño. Y, además, con Hannah en su «disposición de ánimo» actual...

¡*Ach*, cuánto me gustaría que mi mujer fuera tan dócil como la lánguida Waltraut! Waltraut..., ¿dónde estarás ahora?

—¿Tengo delante a un ser humano?... —dije en el patio—. Tu imagen es atroz, Sonderkommandoführer.

¿*Mis* ojos? Mis ojos son como los ojos de Ricitos de Oro comparados con los ojos del Sonderkommandoführer Szmul. Sus ojos se han esfumado, están muertos, aniquilados, difuntos. Tiene ojos de Sonder.

—Mírate los ojos, Szmul.

Szmul se encogió de hombros y miró de soslayo al mendrugo que había tirado al suelo al ver que me acercaba.

—Después de mí... —dije, y durante un instante mi mente vagó—. ¿Sabes? Dentro de unos días tu *Gruppe* va a multiplicarse por 10. Vas a ser el hombre más importante del KL. Después de mí, claro. Venga.

En el camión, mientras avanzábamos hacia el nordeste, pensé con disgusto en el Obersturmführer Thomsen. A pesar de sus maneras andróginas, es, al decir de todos, un tremendo castigador de mujeres. Con mucha fama de eso, al parecer. Y tampoco respeta a las demás personas, ni a nadie en absoluto. Parece que dejó preñada a 1 de las hijas de Von Fritsch (*después* del escándalo de lo del catamita). ¡Y me ha llegado de 2 fuentes diferentes que también se ha pasado por la piedra a Oda Muller! Cristina Lange es otra muesca en su cinturón. Se dice, además, que hace de alcahuete de su tío Martin: le consiguió la aventura con la actriz M. E incluso se rumorea que realizó el acto de la oscuridad con su tía

Gerda (o con lo que quedaba de ella después de..., cuántos hijos eran, ¿8, 9?). Aquí en el campo, como es bien sabido, Thomsen ha tenido acceso a un verdadero pelotón de *Helferinnen*, incluida Ilse Grese (cuya moral, de todas formas, es claramente cuestionable). Al parecer, su amigo, el granuja de Boris Eltz, no es mucho mejor. Sí, pero Eltz es un guerrero prodigioso, y tales hombres —y esto ha llegado a ser más o menos la política oficial—, tales hombres han de amar con tanta liberalidad como pelean. ¿Cuál es la excusa de Thomsen?

En Palestina, la esbelta Waltraut me dio ejemplo de algo que he seguido toda mi vida: sin verdadero sentimiento, el mero ayuntamiento —reconozcámoslo— es algo bastante sucio todo él. En este sentido yo no soy el soldado típico, me doy cuenta; yo nunca hablaría sin respeto de una mujer, y detesto el lenguaje vulgar. Así pues, me he librado del mundo de los burdeles, con su imaginable mugre y fango, al igual que de la lujuria «sofisticada»: un zapato de salón estrujado entre dos botas de cuero bajo la mesa, una mano subiendo por debajo de una falda en la cocina, el contoneo del trasero de la mujer urbana ligera de cascos, las órbitas pintarrajeadas, las axilas afeitadas, las bragas de encaje fino, las medias negras y los ligeros negros enmarcando la cremosidad de la parte alta de los muslos... Tales cosas..., muchas gracias, pero son de muy poco interés para su humilde siervo Paul Doll.

No me sorprendería en absoluto que Thomsen se dedicara ahora a Alisz Seisser. Qué pensamiento más extraño: el alto y flaco de pelo cremoso devorando a la curvilínea bollo con pasas. Estaba de lo más atractiva la otra noche en la cena que di en casa. En fin, será mejor que Thomsen se dé prisa..., Alisz se va a Hamburgo dentro de 1 o 2 semanas. Es su período de gracia, mientras se recupera de la pérdida del sargento mayor; la pérdida de Orbart, que dio la vida por impedir una fuga en el Campo de Mujeres. Ese hecho confirió nobleza al semblante a quien le ha sobrevivido: su viuda Alisz. Además, el negro es un color muy favorecedor. Y, en la animada velada del otro día en mi casa, el luto de Alisz (con aquella parte de

arriba ceñida) parecía iluminarse delicadamente con los rayos del sacrificio alemán. Ahí lo tienes. Idilio: ha de haber idilio.

¿Cuánto tiempo cree Hannah que puede seguir así?

Créanme: no va a haber suficientes residuos de gasolina y tendré que ir *de nuevo* a Katowitz.

—Pare aquí, Unterscharführer. Aquí mismo.

—Sí, mi Kommandant.

No había estado en el Sector 4IIIb(i) desde julio, cuando acompañé al Reichsführer-SS en su inspección de un día. Mientras me alejaba del camión (y Szmul se bajaba del remolque) caí en la cuenta con desasosiego de que podía oír realmente el Prado de Primavera. El prado comenzaba unos diez metros más allá del montículo donde Prüfer, Stroop y Erkel estaban de pie con las manos pegadas a la cara, pero podías oírlo. Y lo olías, por supuesto. Y lo oías. Reventando, haciendo plaf, siseando... Me uní a mis colegas y miré hacia la vasta superficie del prado.

Contemplé el gran campo sin la más mínima traza de falso sentimentalismo. Valga repetir que soy un hombre normal con sentimientos normales. Cuando me tiente la debilidad humana, sin embargo, sencillamente pienso en Alemania, y en la confianza depositada en mí por su Libertador, cuya visión, cuyos ideales y aspiraciones comparto de forma inquebrantable. Ser amable con los judíos es ser cruel con los alemanes. El «bien» y el «mal», lo «bueno» y lo «malo» son conceptos que tuvieron su momento, y que han pasado a la historia. En el nuevo orden, algunos actos tienen resultados positivos y algunos actos tienen resultados negativos. Y eso es todo.

—Kommandant —dijo Prüfer, con uno de sus ceños responsables—, Blobel, en Culenhof, trató de volarlos.

Me volví y lo miré, y dije a través del pañuelo (todos teníamos el pañuelo en la boca):

—¿Volarlos para qué?

—Ya sabe. Para librarse de ellos de esa forma. Pero no funcionó, Kommandant.

—Bien, yo podría haberle dicho que no iba a funcionar antes de que lo hiciera. ¿Desde cuándo volar las cosas las hace desaparecer?

—Eso es lo que pensé yo después del intento fallido. Fueron a parar a todas partes. Había trocitos colgando de los árboles.

—¿Y qué hicieron? —preguntó Erkel.

—Recogimos los trozos que teníamos al alcance. Los de las ramas bajas.

—¿Y qué pasó con los de más arriba? —preguntó Stroop.

—Los dejamos donde estaban —dijo Prüfer.

Miré hacia la extensa superficie que ondulaba como una laguna en el cambio de marea, una superficie salpicada de géiseres que lanzaban chorros y eructaban. De cuando en cuando se veían trozos de hierba brincando y dando volteretas en el aire. Le grité a Szmul.

Aquella noche, Paulette me sorprendió en el estudio. Estaba sentado en una butaca, relajándome con una copa de brandy y un cigarro. Paulette dijo:

—¿Dónde está Bohdan?

—¿Tú también? No. Y ese vestido es horrendo.

Tragó saliva y dijo:

—¿Y dónde está Torquil?

Torquil era la tortuga (y digo bien «era»). Las niñas adoraban a la tortuga: a diferencia de las comadreas, los lagartos y los conejos, la tortuga no podía escaparse corriendo.

... Un poco antes me había acercado de puntillas y por detrás a Sybil, que estaba haciendo los deberes en la mesa de la cocina, ¡y le había dado un buen susto! Mientras luego la abrazaba y la besaba riéndome, ella pareció echarse hacia atrás.

—Te apartas de mí, Sybil.

—No, no es cierto —dijo ella—. Es que dentro de poco tendré 13 años, papá. Y eso marcará una etapa en mi vida. Y tú no...

—¿Yo no qué? No, no. Sigue hablando...

—No hueles bien —dijo Sybil, e hizo una mueca.

La sangre, al oír esto, empezó a hervirme.

—¿Sabes el significado de la palabra *patriotismo*, Sybil?

Ella volvió la cabeza hacia otro lado y dijo:

—Me gusta abrazarte y besarte, papá, pero tengo otras cosas en la cabeza.

Esperé unos segundos, y al final dije:

—Entonces eres una chiquilla muy cruel.

¿Y qué decir de Szmul? ¿Y de los Sonders? Dios, sólo a duras penas me decido a ponerlo por escrito. ¿Saben? Nunca dejo de maravillarme ante el abismo de miseria moral en el que algunos seres humanos están deseosos de hundirse...

Los Sonders... Cumplen con sus tareas pavorosas con la indiferencia más muda. Usan cinturones de cuero gruesos para sacar a rastras de las duchas a las piezas y llevarlas hasta el *Leichenkeller*. Allí les arrancan los dientes de oro con alicates y cinceles, y les cortan el pelo a las mujeres con grandes tijeras; les quitan los pendientes y las alianzas; y ponen la carga en la polea (6 o 7 cada vez), y la izan hasta la boca de los hornos. Por último, muelen las cenizas, y el polvo se lleva en camión y se echa al río Vístula. Todo esto, como ya he dicho, lo llevan a cabo con una insensibilidad muda. No parece importarles en absoluto que la gente que manipulan sea de su misma raza, hermanos de sangre.

¿Y los buitres del crematorio muestran alguna vez la más mínima viveza? Nada de eso... Cuando reciben a los evacuados en la rampa y los conducen hasta el recinto donde se desnudan. Dicho de otro modo, sólo se animan con la traición y el engaño. *Dígame su oficio*, dicen. *¿Ingeniero? Excelente. Siempre necesitamos ingenieros.* O bien algo como *¿Ernst Kahn, de Utrecht? Sí, él y su... Oh, sí, Kahn y su mujer y los niños estuvieron aquí 1 mes o 2 y*

luego decidieron irse a la granja agrícola. La de Stanislavov. Cuando surge alguna dificultad, los Sonders están perfectamente preparados para utilizar la violencia: llevan al causante del problema con el brazo retorcido hasta el suboficial más cercano, que se hará cargo de la situación del modo más conveniente.

Ya ven, a Szmul y al resto de los Sonders les interesa que todo vaya con suavidad y ligereza, porque están impacientes por hurgar entre las ropas abandonadas para encontrar algo que beber o fumar. O algo para comer. Siempre están comiendo. Los Sonders están siempre comiendo; los desechos de la cámara donde se desnudan las piezas, por ejemplo (a pesar de las raciones relativamente generosas que reciben). Se sientan a tomar la sopa a cucharadas sobre un montón de *Stücke*; hundidos hasta las rodillas, se abren paso por el prado mefítico mientras mastican con ruido un trozo de jamón...

Me pasma que decidan subsistir, durar, de esta forma. Y lo hacen: algunos (no muchos) se niegan categóricamente, pese a las consecuencias obvias, porque ellos, ahora, se han convertido también en *Geheimnisträger*, portadores de secretos. No es que ninguno de ellos confíe en prolongar su cobarde existencia más de 2 o 3 meses. Somos absolutamente claros al respecto: la tarea inicial de los Sonders, a fin de cuentas, es la incineración de sus predecesores; algo que saben que no va a cambiar en adelante. Szmul posee la dudosa distinción de ser el sepulturero que más tiempo lleva en el KL; de hecho, es muy probable que sea el Sonder que más tiempo lleva en todo el sistema de campos de concentración. Es prácticamente un Notable (hasta los guardias le tienen cierto grado de respeto). Szmul sigue. Pero sabe muy bien lo que les sucede a todos, a todos los portadores de secretos.

Para mí, el honor no es una cuestión de vida o muerte: es mucho más importante que eso. Los Sonders, como es obvio, no piensan lo mismo. Una vez perdido el honor, el animal —o incluso el mineral— desea subsistir. *Existir* es un hábito, un hábito que no pueden transgredir. *Ach*, si fueran hombres de verdad...; yo, en su lugar...

Pero un momento. Uno nunca está en el lugar de nadie. Y es cierto lo que dicen; lo que dicen aquí en el KL: nadie se conoce a sí mismo. ¿Quién eres? No lo sabes. Y entonces llegas a la Zona de Interés, y ella te dice quién eres.

Esperé hasta que las niñas estuvieran en la cama y salí al jardín. Hannah, con un chal blanco, estaba de pie, cruzada de brazos, junto a la mesa de pícnic. Tomaba una copa de vino tinto, y fumaba un Davidoff. Más allá de ella, se veía un atardecer asalmonado y un amasijo de nubes escalonadas. Dije, como sin darle importancia:

—Hannah, creo que las 3 deberíais iros 1 semana o 2 a casa de tu madre.

—¿Dónde está Bohdan?

—Santo Dios. Por 10.^a vez te digo que lo han trasladado. —No tenía nada que ver conmigo, aunque me disgustaba que me hubieran hecho prescindir de él—. Lo han mandado a Stutthof. A él y a otros 200 más.

—¿Dónde está Torquil?

—Por 10.^a vez: Torquil está *muerta*. La mató Bohdan. Con la *pala*, Hannah, ¿te acuerdas?

—Bohdan mató a Torquil, dices.

—¡Sí! Por despecho, supongo. Y por miedo. En el otro campo tendrá que empezar de nuevo. Y seguramente será muy duro para él.

—¿Duro en qué sentido?

—Bueno, en Stutthof no será jardinero. Es un tipo de régimen distinto. —Decidí no decirle a Hannah que en Stutthof les daban 25 latigazos nada más llegar—. Fui yo quien tuvo que ocuparse de Torquil. No fue un plato de buen gusto, puedes creerme.

—¿Por qué tenemos que irnos a casa de mi madre?

Respondí con indecisión unos instantes; y al final aduje que, de todas formas, era una buena idea. Hannah dijo:

—Venga ya..., ¿cuál es la razón verdadera?

—Oh, está bien. Berlín ha enviado instrucciones de que pongamos en práctica un *Projekt* de emergencia. Las cosas van a ponerse desagradables aquí durante un tiempo. Un par de semanas.

Hannah dijo con sarcasmo:

—¿Desagradables? Oh, ¿de veras? Será todo un cambio. ¿Desagradables en qué sentido?

—No me está permitido decírtelo. Una tarea de guerra. Puede tener unos efectos muy nocivos para la calidad del aire. Dame, déjame que te la llene.

Un minuto después volví con el vino de Hannah y una copa enorme de ginebra.

—Piensa en ello. Estoy seguro de que comprenderás que es lo mejor. Bonito cielo. Está refrescando, lo cual será de ayuda.

—¿De ayuda para qué?

Tosí y dije:

—Bueno, ya sabes que mañana por la noche tenemos teatro.

La colilla del cigarrillo que lanzó al aire brilló como una luciérnaga al anochecer, un picado inverso, hacia arriba.

—Sí —dije—, la función de gala de *Por siempre cantan los bosques*. —Sonreí—. Arrugas el ceño, cariño. ¡Venga, tenemos que guardar las apariencias! Oh, querida. ¿Quién es esta chica enfurruñada? Invocaría el nombre de Dieter Kruger, pero ya me has dado a entender, ¿o no?, que ya no te preocupa mucho su suerte.

—Oh, sí me preocupa. ¿No me dijiste que Dieter pasó por Stutthof? Me dijiste que al llegar les dan 25 latigazos.

—¿Eso te dije? Bueno, sólo a los prisioneros muy sospechosos. No le harán eso a *Bohdan*... *Por siempre cantan los bosques* es una fabula de la vida rural, Hannah. —Tomé un gran sorbo de aquel licor fuerte y me enjuagué minuciosamente la boca con él—. De la nostalgia de la comunidad redentora. La comunidad orgánica, Hannah. Te hará suspirar por Abbey Timbers.

Era un aniversario conjunto, que conmemoraba i) nuestro decisivo avance electoral del 14 de septiembre de 1930, y ii) la aprobación histórica de las leyes raciales de Núremberg, el 15 de septiembre de 1935. Así pues, ¡doble motivo de celebración!

Después de unos cuantos cócteles en el Crush Bar, Hannah y yo (el centro de atención de todas las miradas) tuvimos hasta nuestros asientos en la primera fila. Las luces de la casa se atenuaron, y el telón crujió al subir para dejar al descubierto a una lechera regordeta lamentándose ante una despensa vacía.

Por siempre cantan los bosques trataba de una familia de granjeros durante el duro invierno que siguió al *Diktat* de Versalles. *El hielo ha destruido los tubérculos*, *Otto*, era una de sus frases, y *Levanta la nariz engreída de ese libro, ¿quieres?*, otra. Por lo demás, *Por siempre cantan los bosques* no dejó en mí la menor huella. No es que se me quedara la mente en blanco; muy al contrario. Fue muy curioso. Me pasé las 2 horas y $\frac{1}{2}$ de la función calculando con suma atención cuánto se tardaría (dada la altura del techo en oposición a las condiciones de humedad) en gasear a todo el auditorio, y preguntándome cuáles de sus prendas serían aprovechables, y por cuánto podría venderse el pelo y los empastes de oro...

Luego, en la fiesta de después, un par de cápsulas de Phanodorm tragadas con unos cuantos coñacs no tardaron en hacerme recuperar el equilibrio. Dejé a Hannah con Norberte Uhl, Angelus Thomsen y Olbricht y Suzi Erkel, y tuve una pequeña charla con Alisz Seisser. La pobrecilla sale para Hamburgo a finales de semana. El primer asunto que tener en cuenta: arreglar lo de su pensión. Por una u otra razón, estaba blanca de pavor.

—Iremos de oeste a este. Seréis 800.

Szmul se encogió de hombros, y, podéis creerme, sacó un puñado de aceitunas negras del bolsillo del pantalón.

—Puede que 900. Dime, Sonderkommandoführer, ¿estás casado?

Con la cabeza baja, Szmul dijo:

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama tu mujer?

—Shulamit, señor.

—¿Y dónde está esa «Shulamit», Sonderkommandoführer?

No sería del todo cierto afirmar que los cuervos del osario son insensibles a toda emoción humana. Con harta frecuencia, en el curso de su trabajo encuentran a alguien que conocen. El Sonder ve a vecinos, amigos, parientes tal como llegan, o tal como salen, o ambas cosas. El 2.º de Szmul se vio una vez a sí mismo en las duchas calmando los terrores de su gemelo idéntico. No hace mucho hubo un tal Tadeusz, otro buen trabajador, que miró hacia el otro extremo de su cinturón en el *Leichenkeller* (utilizaban los cinturones, ya saben, para arrastrar las *Stücke*) y vio a su mujer. Se desmayó. Pero le dieron unos tragos de aguardiente y un trozo de salami, y al cabo de 10 minutos estaba de vuelta en el trabajo, manejando las tijeras tan campante.

—Vamos, dime: ¿dónde está?

—No lo sé, señor.

—¿Aún en Litzmannstadt?

—No lo sé, señor. Perdón, señor, pero ¿se han ocupado de la excavadora?

—Olvídate de la excavadora. Está destrozada.

—Sí, señor.

—Y tienen que contarse con sumo cuidado. ¿Entiendes? Las calaveras.

—Contar las calaveras no es práctico, señor. —Se inclinó hacia un lado y escupió el último hueso de aceituna—. Hay un método mucho más fiable, señor.

—Oh, ¿sí? Escucha, ¿cuánto tiempo llevará todo esto?

—Depende de las lluvias, señor. Es una suposición, pero yo diría que 2 o 3 meses.

—¿2 o 3 meses?

Se volvió hacia mí, y vi algo fuera de lo normal en su cara. No eran los ojos (eran sus ojos habituales de Sonder), sino la boca. Supe entonces, allí, en lo alto de la pendiente, que, inmediatamente después de que se llevara a cabo satisfactoriamente la medida actual, procederían a ocuparse de Szmul, y que emplearían para ello el procedimiento idóneo.

He hecho acopio de más información sobre el meloso Herr Thomsen (pese a su currículum, creo que, en el fondo, es «uno de éstos»). Su madre, medio hermana de Bormann, y mucho mayor que él, hizo una boda muy ventajosa, sin duda. Se casó con un banquero, que coleccionaba arte moderno del tipo más degenerado. ¿No suena familiar el patrón..., dinero, arte moderno? Me pregunto si ese «Thomsen» no fue un día algo como «Tawmzen». En cualquier caso, ambos padres, en 1929, murieron en la caída de un ascensor en Nueva York (moralaja: si pones el pie en esa Sodoma hebrea, ¡recibirás lo que «ricamente» mereces!). Así que su hijo único, este principito, es adoptado de forma no oficial por su tío Martin, el hombre que controla la agenda del Libertador.

Yo he tenido que romperme el lomo y sudar sangre, he tenido que matarme para llegar donde estoy. Pero alguna gente..., alguna gente nace con una cuchara... Vaya, tiene gracia. Estaba a punto de emplear la frase de siempre cuando se me ha ocurrido una mejor. Perfecta para él. Sí. ¡Angelus Thomsen nació con un *Schwanz*^[12] de plata en la boca!

Nicht wahr?

Estaba en casa, inclinado sobre mi escritorio, sumido en una meditación cansada, cuando oí unas pisadas que se acercaban y luego se detenían. No eran las pisadas de Hannah.

Estaba pensando: estoy atrapado entre la espada y la pared. Por otra parte, el jefe de la Oficina Económica de la Administración siempre está persiguiéndome para que haga todo lo posible por

aumentar la fuerza de trabajo (para las industrias de munición). Y por otra, el Departamento Central de Seguridad del Reich presiona para la eliminación del mayor número de evacuados posible, por razones obvias de autodefensa (los judíos constituyen una 5.^a columna de proporciones intolerables). Me pasé las yemas de los dedos por la frente en una especie de saludo reflexivo. Y ahora, veo (tengo delante de mí el teletipo) que ese idiota de Gerhard Student, de la OEA, ¡sugiere la brillante idea de que a todas las madres físicamente aptas se las debería hacer trabajar hasta la extenuación en la fábrica de calzado de Chelmek! *Muy bien*, le diré. *Y usted viene a la rampa a intentar separarlas de sus hijos*. Esta gente..., es que no *piensa*. Dije en voz alta:

—Quien esté ahí fuera que haga el favor de pasar.

Por fin llamaron a la puerta. Con aire acongojado y arrepentido, Humilia entró en el estudio.

—¿Va usted a quedarse ahí de pie temblando —mascullé (me sentía francamente descompuesto)—, o tiene algo que decirme?

—Mi conciencia está disgustada, señor.

—¿Oh, de veras? No podemos permitirlo. Eso no es nada bueno. ¿Y bien?

—Obedecí a la señorita Hannah cuando no debía haberlo hecho.

Dije, con bastante calma:

—Cuando no debía haberlo hecho, *señor*.

—Es el fuego, ¿lo ve?, es el fuego.

¿Cómo quemarlos, los cuerpos desnudos? ¿Cómo conseguir que ardan?

Empezamos con unas cantidades muy pequeñas, con tablas de madera, y no conseguíamos casi nada, pero Szmul, entonces... ¿Saben? Entiendo por qué el Sonderkommandoführer lleva una vida increíble. Fue él quien aportó una serie de sugerencias que resultarían decisivas. Tomé buena nota de ellas, para futuras referencias.

1) No debe haber más que una pira.

2) La pira debe arder continuamente, las veinticuatro horas.

3) La grasa humana licuada ha de utilizarse para avivar la combustión. Szmul organizó los canalones por donde debía fluir y las brigadas de vertido de esta grasa, lo que, además, se tradujo en un considerable ahorro de gasolina. (Recordatorio: meterles este ahorro en la cabeza a Blobel y a Benzler.)

En esta fase hay sólo una dificultad técnica con la que de vez en cuando nos enfrentamos. El fuego alcanza tal temperatura que no podemos acercarnos, *nicht?*

Ahora les pregunto a ustedes, esto en realidad no tiene precio, esto es..., esto verdaderamente «se lleva la palma». De pronto el teléfono brinca en su horquilla: Lothar Fey, de la Autoridad de Defensa Aérea, ¡se queja, furibundo, «tenga la amabilidad...», de nuestros incendios nocturnos! ¿A alguien le parece extraño que esté a punto de perder la cabeza?

Si bien Humilia juzgó correcto contarme que mi mujer había escrito y enviado un mensaje personal a un acreditado libertino, no fue capaz —o no quiso serlo— de ponerme al corriente de su contenido. Aquello desbarató mi concentración. Por supuesto, todo el asunto podría ser perfectamente inocente. ¿Inocente? ¿Cómo algo así podía ser inocente? No me engaño sobre la carnalidad histórica de la que Hannah ya ha dado muestras de ser capaz, y además es del dominio público que una vez que una mujer relaja las sagradas ataduras del recato desciende vertiginosamente hasta las más fantásticas depravaciones: acucillamientos, estrujamientos, chapoteos de fluidos, retorcimientos...

Hannah llamó con brío y entró y dijo:

—Querías verme.

—Sí. —A la espera del momento oportuno, dije—: Mira, no tiene ningún sentido que vayas a Abbey Timbers. El *Projekt* va a llevar meses, así que lo que tendrás que hacer es acostumbrarte.

—No quería ir, de todas formas.

—Oh. ¿Qué quieres decir? ¿Es que por casualidad tienes algún *Projekt* propio?

—Quizá —dijo Hannah, y se dio la vuelta sobre un talón.

... Levanté las manos y me froté los ojos. Aquel acto espontáneo, similar al que un colegial cansado realiza reflexivamente sobre sus deberes escolares, no me hizo daño en absoluto, por primera vez en no sé cuánto tiempo. En el aseo de abajo me mire en el espejo. *Ja*, aquellas órbitas martirizadas más siguen muy levemente sanguinolentas, y blandas y con bolsas (con lo del humo y las veladas hasta altas horas de la noche; y no es que los trenes dejen de llegar). Pero ya no tengo los ojos negros.

Hay llamas y humo; hasta el aire más claro se riza y se retuerce. ¿No es cierto?

Como una manta de gasa palpitando al viento.

Los Sonders, a las órdenes de Szmul, han levantado una especie de zigurat con vías de tren alabeadas. Del tamaño de la catedral de Oldemburgo.

La estampa, supongo, debería de encuadrarse en la cima de lo moderno, pero cuando la contemplo desde lo alto del montículo no dejo de pensar en las pirámides de Egipto construidas por esclavos. Valiéndose de las anchas escaleras de mano y de las grúas llenas de carga el gran entramado metálico; luego se retiran y ocupan sus torres provistas de ruedas para alimentar el fuego echando en él las piezas, a veces en cantidades enormes. Las torres se balanceaban como máquinas de asedio de la Edad Media.

Por la noche las vías fulguran con una tonalidad rojiza. Y yo no dejo de ver un sapo negro gigantesco con las venas iluminadas ni cuando cierro los ojos.

Comunicado de la Geheime Staatspolizei^[13] de Hamburgo: la viuda Seisser viaja de regreso, pero va a volver a nosotros con una revisión de su estatus. Alisz es ahora una evacuada.

El Sonderkommandoführer tenía razón en lo de la mejor forma de contar. Nada de contar las calaveras. A casi todas las «piezas» se las liquidaba con el consabido *Genickschuss*^[14], pero a menudo de forma tan torpe o apresurada que los cráneos acababan hechos trizas. Así que las calaveras no servían para el recuento. El procedimiento más científico, hemos comprobado, es contar los fémures y dividir esa cantidad por 2. *Nicht?*

En respuesta a la emergencia doméstica he puesto en activo al Kapo criminal que tengo en reserva en la mina de carbón de Fürstengrube.

3. SZMUL: TESTIGO

Sentiría un consuelo infinitesimal, creo, si pudiera persuadirme de que existe compañerismo, de que hay comunión humana, o al menos un sentimiento de camaradería respetuosa, en las literas de encima del horno crematorio en desuso.

Se dicen multitud de palabras, sin duda, y nuestros intercambios verbales son siempre serios, elocuentes y morales.

«O te vuelves loco en los primeros diez minutos», se dice con frecuencia, «o te acostumbras a ello.» Podría argüirse que aquellos que se acostumbran a ello, de hecho, se vuelven locos. Y aún existe una tercera posibilidad: ni te acostumbras a ello ni te vuelves loco.

Cuando terminamos de trabajar nos reunimos —aquellos que no nos hemos acostumbrado a ello y no nos hemos vuelto locos— y charlamos y charlamos. En el Kommando, que se ha visto incrementado enormemente para hacer frente a las tareas actuales, alrededor de un cinco por ciento pertenecen a esta categoría, unos cuarenta hombres, pongamos. Y en los barracones de las literas nos agrupamos un poco aparte, normalmente hacia el alba, con la